

# CENIT

— sociología —  
ciencia — literatura



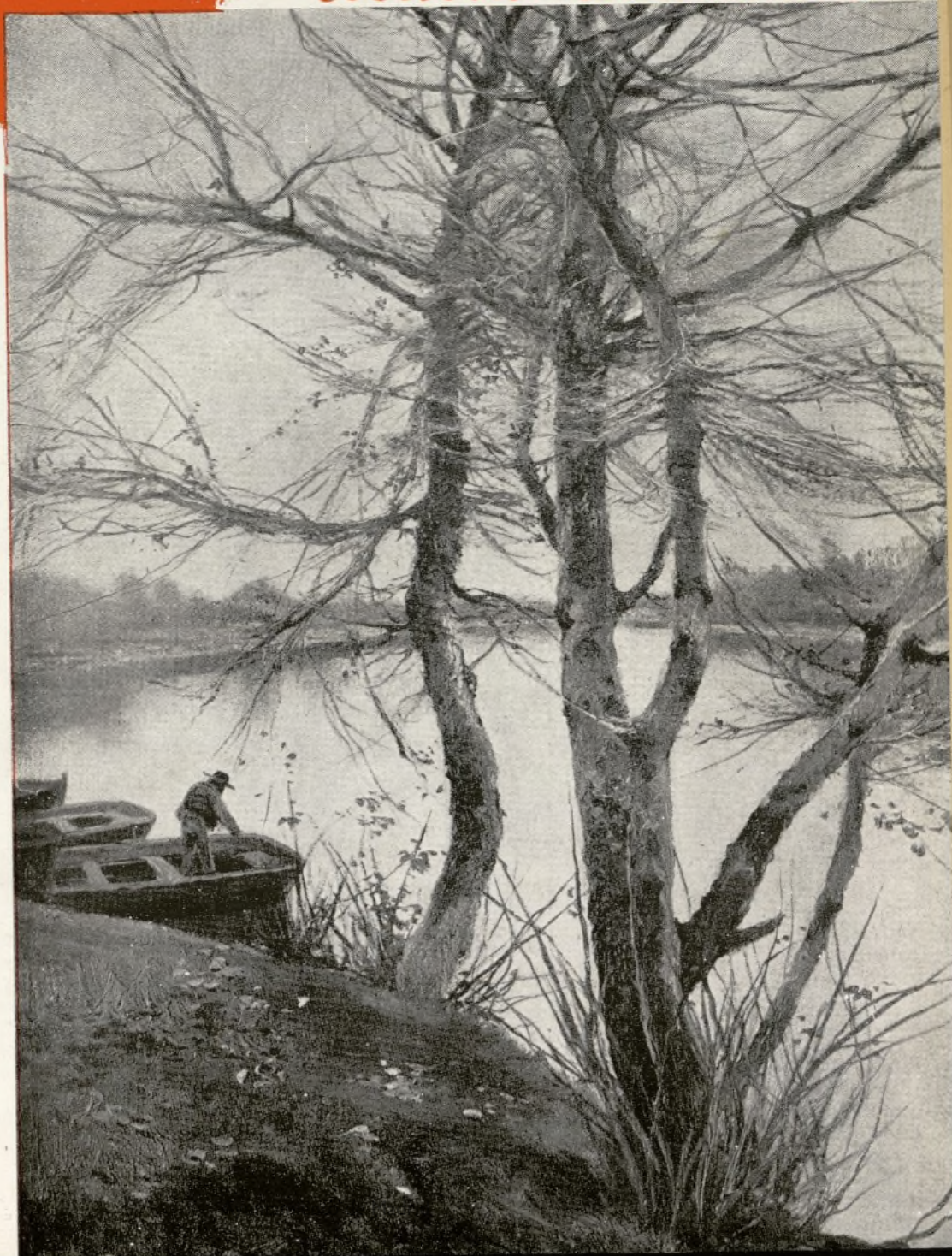
Eusebio C. Carbó: Color de las horas. Debilidad del actual ordenamiento. — Balkansky: El pensamiento de Cristo Botev. — Falleció la madre de Camilo Berneri. — Ecos de la vida inglesa. ¿Es mala la moral británica? — Hem Day: En torno a «Germinal». — Camilo Berneri: La Iglesia y la prostitución. — Francisco Olaya: El informe Kruschew. El pacto nazi-soviético. — Angel Samblancat: Alta India. — Rosendo: Tribune de libre discusión. Cuando el momento llegue... — Suno: Microcultura. — Sebastián Faure: Frente al público (folletón encuadernable).

Septiembre  
1957

81

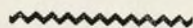
Revista Mensual

PRECIO: 80 FR.





## NUESTRA PORTADA



# EL GUADALQUIVIR

Reproducimos esta vieja estampa andaluza, obra del dibujante García Rodríguez, que recuerda, por su estilo, esos deliciosos cuadros de paisajes ingleses.

Difícilmente se restituirá con más arte y con más precisión, con unos cuantos trazos en los que los tonos grises se armonizan con el color pastel de las luces otoñales, una visión de las orillas del río que surca las tierras andaluzas, dándoles el verdor y la alegría del agua.

¡El Guadalquivir! Canta el nombre, con sus sonoridades moriscas, como canta su caudal, despeñándose por los riscos, serpenteando, bañando las orillas fértiles. Y él evoca ante nosotros la resonancia de recuerdos imborrables. Es un rincón de España, de la tierra que nos vió nacer; es un paisaje conocido y amado que revive ante nosotros.

Y si todo esto se logra además por la magia del arte y del artista, comprendemos que la vida no valdría la pena de ser vivida si no existiesen esos sublimes supérfluos que dan a nuestros días belleza y sabor. El hombre necesitará siempre el pan para vivir, pero le serán cada día más necesarias las diversas manifestaciones del arte para que la vida adquiera a sus ojos valor e interés.

## CENIT

REVISTA MENSUAL

DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

Secretaría de Redacción: Federica MONTSENY.

Colaboradores: José Peirats, Felipe Alaiz, Vladimiro Muñoz, Eusebio C. Carbó, Adolfo Hernández, Benito Milla, Evelio G. Fontaura, J. Ruiz, Herbert Read, Hem Day, J. Carmona Blanco, Campio Carpio, Eugen Relgis, Ugo Fedeli, Héctor R. Schujman, J. M. Puyol, Angel Samblancat, Dr. Pedro Vallina, Luce Fabbri, J. Capdevila, G. Esgleas, Osmán Desiré, Doctor Juan Lazarte, Renée Lamberet, A. Prudhommeaux.

Precios de suscripción: Francia, 204 francos trimestre; Exterior, 240 francos.

Número suelto, 80 francos.

Paqueteros, 15 por 100 de descuento a partir de cinco ejemplares.

Giros: «CNT», hebdomadaire. C.C.P. 1197-21, 4, rue Belfort, TOULOUSE (Haute-Garonne).



# COLOR DE LAS HORAS DEBILIDAD DEL ACTUAL ORDENAMIENTO



STABLECER un registro de las contradicciones de todo orden — trágicas con frecuencia — en que incurre a diario ese infernal galimatías que nos es impuesto a trancazo limpio y que tiene su más «alta» representación en el Estado, les cuadra mejor que a nadie a los anarquistas.

Es una labor siempre fecunda. Tanto por pulverizarse con ella a la larga los paralogismos que les sirven de defensa verbalista a unas instituciones que santifican cuanto está en pugna con los intereses fundamentales del pueblo, con sus necesidades, con sus aspiraciones, como porque van zapando de manera efectiva la mole de conformismos estúpidos en que esas instituciones se apoyan.

Es evidente que tales contradicciones, con ser siempre enormes, alcanzan en nuestros días una claridad, una significación y un volumen sin paralelo en los estadios precedentes, y está fuera de debate que nadie los capta tan bien como aquellos que han formulado el audaz propósito de extirparlas de punta a rabo, propósito que, cueste lo que costare, realizarán un día, a despecho de cuanto ergoticen quienes, cerrando los ojos a la razón, afirman a troche y moche que tal empresa constituye por ahora un imposible matemático.

¿Cómo lo saben? ¿Quién se lo ha dicho? ¿En qué se fundan? ¿De dónde han sacado que el sistema capitalista y estatal no alcanzó jamás el grado de fuerza que tiene en estos momentos? ¿Podrían dar — comprensible para la mayoría — una base seria a sus aseveraciones? Y si pueden, ¿por qué no lo han hecho ya?

¿Por qué se encierran en las afirmaciones categóricas, sin ir ni un milímetro más allá, perdiendo de vista que cuando son formuladas a secas no demuestran absolutamente nada?

### COSAS QUE HAN MUERTO

¿Consideran acaso que estamos obligados a creerles bajo palabra? Cometerían con ello un error de bulto. El «magister dixit» — expresión de un gregarismo bochornoso y de una fe ciega que tan sólo ostentan con orgullo los tontos de capirote y los amauróticos — no es de nuestra época. Ha pasado a la Historia. Una ráfaga impetuosa de iconoclastia barre despiadadamente todos los fetiches, sean de carne, de barro o de cartón, a medida que el hombre se pone en pie.

Se va extendiendo el empeño de que todas las cuestiones sean sometidas a debate público y contradictorio. Se quiere saber con fundamento en qué consideraciones sencillas o complejas, se dice lo que se dice.

Y merced a ese voltaísmo en que se hunden las creencias sin base, a tiempo que se afirma el ansia viva de los postergados de siempre a reintegrarse a sus naturales atributos, muere la fe en las sentencias inapelables y hace reír a tontos y troyanos cualquier invocación al pararrayos de la infalibilidad...

Es sorprendente la pasión de fuego que determinados exégetas ponen en la defensa de unos principios cuya falsedad es ya incuestionable, con frecuencia tras un viraje de 180 grados... El hecho de repetir al infinito que el Estado es a todas luces omnipotente, es susceptible de causar desaliento a quien propicia unas formas



de convivencia sin las irritantes diferencias que caracterizan a las presentes, por estimar que tan sólo un sistema basado en el goce de todos los derechos y en la armonía de todos los intereses, en que el libre acuerdo y las concesiones mutuas entre iguales reemplacen en absoluto la humillante imposición de la ley y de la autoridad, concuerda con la naturaleza del hombre. Tal objetivo vale un esfuerzo.

#### NUESTRA INSISTENCIA...

La insistencia con que defendemos la exégesis que nos interesa tan profundamente, será tan machacona como la de nuestros antagonistas al negarla.

Por lo demás, nada cuesta reducir el argumento a cero afirmando lo contrario. ¿No tenemos igual derecho a ello que los demás? Y, en efecto, lo hacemos. Lo hacemos convencidos de que el valor de nuestro juicio es parigual al suyo. Lo hacemos apoyando el pie en realidades vivas que no perciben los acostumbrados a invocar «la realidad» a cada paso, venga o no a cuento. Lo hacemos inspirándonos en lo tangible, sirviéndonos de los ojos para ver.

De momento, afirmación por afirmación. Luego, cuando se intente por alguien lo que hasta la fecha permanece inédito, o sea demostrar que tiene base más o menos firme lo por nosotros impugnado, lo haremos aduciendo argumentos — deducción de los hechos — que nadie mueve fácilmente. En cada caso pagamos como nos pagan, probando de ese modo que pagamos bien.

Nosotros sostenemos que el sistema capitalista y estatal nunca conoció hasta la fecha momentos de peligrosa debilidad como la provocada en sus entrañas por el formidable cataclismo de 1939-45, de que es gerente responsable. Su organismo funciona en sentido completamente anormal. Nada hay en él que engrane con arreglo a las leyes de su propia naturaleza y de su propia conservación. Se le han aflojado todos los resortes. Sus defensas están en desequilibrio. No le queda de ellas más que una apariencia. Y esa apariencia quedará esfumada rápidamente cuando el pueblo se encare con ella de una manera resuelta...

#### Y VAMOS MAS LEJOS...

Sostenemos que el mastodóntico aparato coercitivo que algunos se obstinan en presentarnos como más fuerte que nunca, oculta mal la tuberculosis medular de las instituciones en que tiene su principal sustentáculo. El Estado no logra, a despecho de cuanto se diga caprichosamente, rehacer de manera efectiva su poderío. Y son muchos entre sus mismos partidarios los convencidos de que hemos llegado al principio del fin de su bancarrota definitiva.

¿No resulta chocante en extremo que mientras los doctos, en función de médicos de cabecera de un ordenamiento cuya vida desean eternizar, ven en todas partes los signos precursores de la muerte, nos digamos profanos, los que sufren a diario sus despiadados azotes, que hoy se muestra más vigoroso que en cualquier otro tiempo y que, por consiguiente, todo o casi todo está perdido para nosotros?

Los primeros, ricos en elementos de juicio por tratarse

de «lo suyo», de aquello cuyo salvamento les interesa por encima de todo, penetran más en la entraña viva del problema que los segundos. Estos se sienten dominados por el convencimiento — que dicta un pánico muy comprensible — de que los principales resortes dinámicos del Estado se expresan en la cantidad de fusiles, de ametralladoras, de cañones, de arsenales que tiene disponibles.

Si semejante cálculo fuera racional, estarían en lo cierto al afirmar lo que afirman. Jamás el Estado habría sido tan poderoso como en estos momentos. Pero sus partidarios, con visión incomparablemente más certera que sus enemigos, tienen en cuenta tres cosas fundamentales:

- a) que el Estado se apoya tan sólo en la fuerza que el pueblo le presta;
- b) que el noventa y cinco por ciento de los elementos de ataque y de defensa, que merced al concurso del pueblo son el basamento de su potencia, están en manos de las multitudes sometidas y hambrientas, sin que exista medio humano de ponerlos en otras;
- c) que el pueblo ha dejado de creer en el Estado como entidad tutelar del derecho, a beneficio de los desposeídos.

Antes alimentaba la esperanza de que merced a él volvería a tener el pan que se le usurpa desde hace siglos violentamente, y que serían destrozadas las infamantes ligaduras que le ahierrojan. Pero tales ilusiones fueron apuñaladas por una realidad persistente, dolorosa y sublevante.

#### CLARO COMO LA LUZ MERIDIANA

El hecho mismo de que aquellas minorías inquietas, activas y dinámicas que se agitan sin tregua y son causa propulsora de todos los avances, de todos los progresos, de todas las revoluciones, manifiesten con pasión de fuego el ansia de vida nueva, y las influencias por ellas ejercidas en el ánimo des despreciable «populacho», señalan cuán quebradiza es la fuerza en que el Estado se apoya para seguir dominando.

¿Qué habrá de ocurrir cuando los de abajo se la nieguen para emplearla en su propio beneficio y contra aquellos a quienes hasta la fecha se la dieron por miedo a las represalias?

¿Está alguien seguro de que no lo haga en un mañana acaso mucho más próximo de lo que suele creerse? ¿No es ese por ventura el temor que lo domina todo en las altas esferas? ¿Quién no percibe que a los «poderosos» les quita el sueño el peligro de aquellas explosiones que no se anuncian previamente? Los más advertidos de entre ellos, tomando nota de las observaciones de sus «técnicos», de sus asesores de todas clases, consideran esas explosiones ineluctables. Y cuanto hacen se encamina a retrasarla en la medida de lo posible, constándoles que su evitación les escapa totalmente.

Por lo demás, si en realidad existieran motivos para pensar que las corrientes populares se apartan de esa línea, tendríamos nosotros el deber sagrado de afirmarnos en la necesidad imperiosa de seguirla. Y si lo burláramos les habríamos vuelto la espalda a nuestros principios, en una claudicación afrentosa.



## ESTA BIEN, SIEMPRE Y CUANDO...

Está muy bien que se hable de los obstáculos con que pueden tropezar en su marcha hacia su realización nuestros designios. Está muy bien, por lo mismo que en ningún caso es racional obrar a ojos cerrados. Pero hay dos modos de hacerlo. El primero consiste en ponerlos de relieve afirmando la necesidad de vencerlos, así como su posibilidad incuestionable. El segundo estriba en presentarlos como insuperables por el momento. ¿Quién está en condiciones de asegurar que lo sean? Absolutamente nadie.

¿A quién corresponderá señalar la hora en que exista medio de superarlos? Habrá de ser a los que saben —sin que nadie conozca en qué forma lograron saberlo— que por ahora no debe pensarse en ello. ¿Puede llamarse clarificación de los problemas ese modo de enfocarlos? No, ese «modo» prosperase, no tendría más virtud que la de hundirnos en el laberinto. En el que proponemos nosotros, las dificultades se convierten en estímulo. En el otro amenazan con el estancamiento.

Está muy bien advertir que la bestia autoritaria prodirá todavía zarpazos inmisericordes antes de caer vencida, siempre y cuando se añada a continuación que es indispensable afrontarlos con el brío de que en las horas difíciles hizo siempre gala el anarquismo.

El hecho de señalar a secas los obstáculos y los peligros, puede interpretarse como la afirmación implícita de que lo más sano y lo más equilibrado consiste en plegar velas y en hacernos buenos chicos.

Y para ese viaje no hacen falta alforjas.

## ESTA ES LA FIJA...

«Ante el hecho real de la esclavitud — ha dicho Melilla — no caben filosofías, no caben dilaciones. Es depresivo sufrirla conociéndola. Quien se vea esclavo y no sienta la necesidad de rebelarse, o está degradado o es un cobarde. Ni cobardes ni degradados. Nuestro puesto está en las filas de la revolución. De una revolución cuyo principal objeto consiste en borrar definitivamente la infamia más grande que conocieron los siglos, matriz de todas las restantes: la servidumbre del del salario.»

Es una verdad tan sin vuelta de hoja hoy como hace siglos. Es la nuestra. Con ella nos situamos a distancias astronómicas de los paños calientes que preconizan algunos. Si fué siempre a todas luces pueril la aplica-

ción de cataplasmas a una pierna de madera, hoy resulta, además de pueril, delictivo. Y urge poner en solfa con redoblado ahinco esa terapéutica de curandero.

Es necesario «bisturinear» sin titubeos el tumor maligno, causa determinante del sometimiento y de la miseria en que gimen e imprecan millones de individuos. Es preciso echar mano de los remedios heroicos. Es indispensable proclamar «urbi et orbe», que el pueblo es capaz de aplastarle las siete cabezas a la hidra.

No es hora de dorar más o menos las cadenas. Es hora de ponerlo todo en juego para romperlas, ventilandolas así una querrela de siglos. Las circunstancias — es saludable repetirlo sin descanso — van siendo cada día más propicias. Y jamás fueron tan poderosos como en nuestros días los estímulos.

## Y ASI NOS AFIRMAMOS...

El actual ordenamiento tan sólo podría salvarse a condición de que suspendieran las hostilidades aquellos en cuyo ánimo acumuló la iniquidad entronizada tantos rencores. Pero si éstos, aprovechando el colapso, deciden someterle a un fuego cruzado en permanencia, no dándole un momento de reposo, serán inútiles cuantos esfuerzos realice para recobrarlos. No ha de conseguirlo. Por el contrario, los signos precursores de su muerte se irán acentuando a cada paso.

Obrar de otro modo sería darle facilidades que no puede encontrar sin nuestro concurso. Y sería un medio, no por indirecto menos efectivo, de contribuir a su salvamento.

Si hay quien no estime oportuno, por lo que fuere, la rotura de todos los frenos, eléctricos, hidráulicos o magnéticos, temiendo que cualquier desbordamiento de los impulsos populares signifique una derrota, que se abstenga por lo menos de poner en funciones los de tipo psicológico, tan peligrosos como los otros...

Es posible que con ellos la acción sufriera un alto en su camino o se desviara, en cuyo caso tendrían que responder mañana ante el pueblo de un gran delito.

Pongamos todo el empeño de nuestra voluntad en que ese delito no les sea jamás imputado a los anarquistas, afirmando lisa y llanamente que deja de serlo a nuestros ojos quien lo cometa, sea por adaptación indecorosa al medio, sea por bastardos intereses personales, sea por error de cálculo, sea por falta de valor cívico.

Eusebio C. CARBO

Tenemos compuestos, y se publicarán en el número próximo de CENIT—no han podido publicarse en el presente por exceso de original—un artículo de E. Armand, titulado «Digresiones sobre el recuerdo, las memorias, etc...»; un magnífico estudio de A. Respaut sobre J.M. Guyau y otro no menos valioso de George Woodcock sobre William Godwin.



# El pensamiento de

# CRISTO BOTEV

## LA UNICA SALIDA



LO la unión, inteligente y fraternal entre los pueblos, suprimirá sus sufrimientos, la miseria y los parásitos del género humano. Sólo esta unión puede aportar una libertad verdadera, la igualdad, la fraternidad y la felicidad sobre la tierra. En tanto que los pueblos continúen divididos por las maquinaciones de toda suerte de imperios, de constituciones y de repúblicas; en tanto que los pueblos, cegados por la servidumbre hacia los «representantes de Dios», se traten los unos a los otros de enemigos, la felicidad no se establecerá sobre la tierra y el hombre no verá un día luminoso. Los gobiernos y las clases privilegiadas de cada país continuarán oprimiendo y haciendo sufrir a los pobres, viviendo a sus expensas, manteniéndoles en la ignorancia y elevando al cuadrado y al cubo sus estupideces históricas. Y al fin de cuentas, enviarán a los pueblos a batirse los unos contra los otros, a matar a sus hermanos o a hacerse matar por ellos. Es evidente que si los pueblos pudiesen ver una vez por todas la fuente de sus sufrimientos, comprenderían inmediatamente que sus solos y únicos enemigos son sus propios gobiernos y la clase social de parásitos que, para asegurar su vida vanidosa y nefasta, se han entregado en cuerpo y alma a los tiranos y que, bajo la protección de las leyes, ejercen los principios del robo y de la mentira. Las bases de cada gobierno son el robo, la mentira y la violencia. «Divide et impera» fué la divisa de aquel imperio inolvidable, divisa que ha sido luego el ideal de todos los reyes. «Divide et impera» es aún la divisa de los gobiernos actuales.

«¡Dividir para reinar!» Pero ¿a quién? He aquí la cuestión esencial, que aquellos que viven desahogadamente, con un estómago siempre bien lleno, no pueden y no quieren comprender. Dividir a los pueblos, dividir a sus propios súbditos; separar el hermano del hermano, el hijo del padre, el marido de la esposa, esto asegura la dominación absoluta sobre millones de seres vivientes...

Y en efecto, ¿hay un solo Estado donde los fuertes no opriman a los débiles, los ricos a los pobres y los gobiernos a todo el pueblo? Recorred todos los meridianos y los paralelos del globo: no encontraréis una sola excepción a esta regla... y tenemos plena razón de decir, con Proudhon, que todo gobierno es un complot, una conjuración contra la libertad de la humanidad.

BOTEV.

(Extracto de un artículo de «Znamé» del 1 mayo 1875.)

## BOTEV Y ESPAÑA

En sus ojeadas regulares sobre la situación internacional, Botev siguió de cerca el desarrollo de los acontecimientos en España, demostrando un conocimiento profundo de los problemas y de la historia de ese país. He aquí, como ejemplo, un pequeño extracto de un artículo de «Znamé» del 22 diciembre 1874:

«Las noticias que nos llegan estos últimos días procedentes de la Península Ibérica nos sumen en una profunda tristeza. La República de España ha sido traicionada y el hijo de Isabel, D. Alfonso, proclamado rey, tanto por la aristocracia española, como por la mayor parte de las tropas republicanas... Pero todos estos acontecimientos, a pesar de su gravedad, no tendrán una gran importancia para el pueblo español, pues nadie puede garantizar a don Alfonso una larga permanencia en el trono de su madre. España es un país donde ocho días no son necesarios para que se produzca un golpe de Estado. En cuanto al pueblo español, tiene un temperamento que hace incluso de la muerte un placer. En el país de donde el hijo de Víctor Manuel se ha visto obligado a huir, será difícil que el hijo de Isabel pueda dormir tranquilo. Su dominación durará tanto tiempo como les sea preciso a los combatientes entregarse a un poco de reposo».

## LA INTERNACIONAL

Todo el mundo sabe que las necesidades y los sufrimientos acercan a los hombres, haciendo sinceras sus relaciones mutuas y empujándoles a ayudarse para combatir la desgracia común.

Todos los trabajadores pobres, sin distinción de nacionalidad, son hermanos en sus relaciones recíprocas, hermanos por sus sufrimientos y por su suerte adversa. Oprimidos y explotados por los gobiernos y los ricos, los trabajadores, aunque trabajen hasta agotarse, no llegan a cubrir sus necesidades y arrastran una vida peor que la de los animales de trabajo. Pero estos sufrimientos y estas injusticias impuestas por los «ungidos» y los capitalistas, han llevado a los trabajadores a ponerse de acuerdo, a unirse para buscar juntos las causas de su desgracia y los medios de desembarazarse de ella... Es por esta razón que la Internacional ha sido creada y se desarrolla. Ella busca la unificación de todos los trabajadores víctimas de la injusticia, en una entidad inteligente y consciente, a fin de poder, uniéndolos sus esfuerzos comunes, liberarse de los explotadores y de los opresores, reyes y capitalistas, y conquistar los derechos legítimos de cada hombre a vivir en



*libertad y a ganar su vida con su propio trabajo, sin verse obligado a alimentar a toda suerte de parásitos, que, habiendo impuesto sus derechos de amos, viven por esto mismo a expensas de los otros, sin trabajar...* — BOTEV.

(Extracto de un artículo de «Znamé» del 23 julio 1875, cuando sólo existía la Internacional anti-autoritaria.)

✱

Es difícil encontrar un caso idéntico en la historia de los otros pueblos para destacar, por medio de la comparación, la importancia particular de Botev, a la vez para todo el país y para el movimiento anarquista. No es porque falten figuras parecidas en otros países; se encontrarán incluso más grandes, pero son, sea personalidades representando particularmente el movimiento anarquista, sin ser suficientemente reconocidos por los otros sectores de la opinión pública, sea héroes nacionales oficialmente glorificados, sin relación con el movimiento. En lo que concierne a Botev, hay, no solamente un reconocimiento oficial y una unanimidad en los sentimientos de veneración del pueblo entero, sin distinción de sectores y de clases, sino que además su pertenencia al movimiento libertario no puede ser disimulada ni discutida. Después de la Liberación, uno de sus antiguos amigos se presentó al ministro de Educación Nacional, pidiéndole que Bulgaria rindiese un homenaje oficial a Botev. El ministro se indignó: «¿No te acuerdas de que fué un bandido?» Y el otro le contestó: «La juventud, las generaciones futuras, tendrán siempre necesidad de ídolos y la figura de Botev se presta muy bien para ello».

Botev se convirtió en el ideal de la juventud, oficialmente reconocido y glorificado. Los representantes del nuevo Estado y los partidos políticos intentaron, desde luego, desfigurar las ideas y la lucha de Botev—este trabajo de falsificación continúa actualmente,— pero todas estas tentativas, tanto en el pasado como en el presente, han sido vanas. Las obras de Botev, editadas y reeditadas por cen-

tenares de miles de ejemplares, son suficientemente claras, por las ideas libertarias que en ellas se exponen, para que puedan desfigurarse. De esta forma, Botev, amado y venerado por el pueblo entero; Botev, el internacionalista, el revolucionario irreductible, el libertario bien definido, resta el punto de unión de todas las generaciones que marchan hacia el progreso.

El secreto de esta veneración unánime de que es objeto Botev y de la que será objeto siempre, reside en su idealismo dinámico y realista, en el hecho de que supo situar su acción liberadora en la realidad inmediata, sin quitarle nada de su finalismo más puro. La lucha por la liberación nacional formaba bloque con la de la liberación social. Su llamada al combate se dirigía lo mismo al pueblo búlgaro que al pueblo turco, los dos explotados por los sultanes y los «tchordbagiis». La forma inmediata de la sociedad futura fué para él la Federación Balkánica, donde los turcos tenían también su sitio. En su compañía, con los búlgaros, combatían también rusos, herzegovinos, montenegrinos...

Para el movimiento anarquista búlgaro, Botev representa un tesoro inestimable. Los tiranos de todos los tiempos pueden redoblar en sus represiones y persecuciones contra los anarquistas; pueden exterminarlos y destruirlos cien veces, pero ese movimiento renacerá siempre, pues Botev el libertario, el ejemplo y el ideal para la juventud de todas las generaciones, resta indestructible, imborrable, incorruptible. En ningún sitio la leyenda mítica del Ave Fénix encuentra mejor su significación real. En la conciencia del pueblo, su vida, su obra, sus luchas y su hazaña suprema, se identifican con la leyenda. Sus poemas, todos sin excepción, son cantados por el pueblo. Ni un solo búlgaro, hasta analfabeto, viejo o joven, ignora sus cantos, llamamiento eterno a la revuelta contra la tiranía, contra la explotación, por la libertad y la justicia para todos.

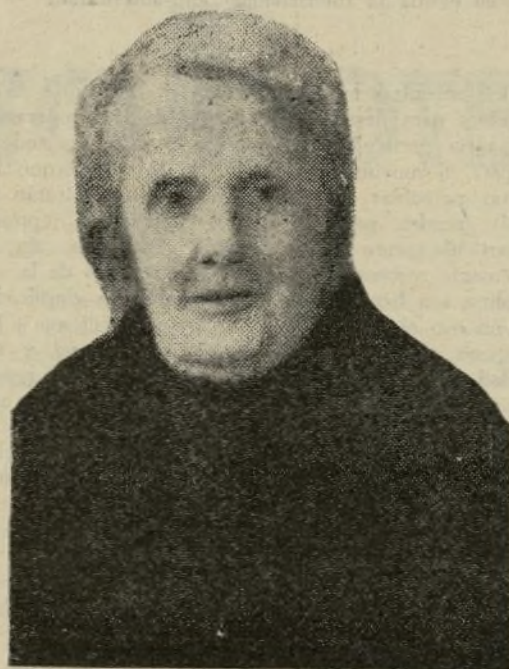
**BALKANSKY**

Trad. F. M.





# FALLECIO LA MADRE DE Camilo BERNERI



A la edad de 92 años murió en Reggio Emilia, el 16 del pasado agosto, la profesora Adalgisa Fochi Berneri, madre del compañero Camilo Berneri, asesinado en España el 5 de mayo de 1937, durante la semana trágica de Barcelona.

Una noble figura de educadora desaparece. Por su aversión al régimen fascista fué exonerada de la enseñanza por la consabida fórmula de «por escaso rendimiento», modo hipócrita para herir a cuantos se negaban a convertirse en siervos obedientes y fieles del régimen.

Durante muchos años había enseñado en la escuela normal de Reggio Emilia Letras y Pedagogía, y muchas de sus ex alumnas, que siguieron queriéndola, la consolaron hasta los extremos minutos de su vida. La orden de «exoneración» de la enseñanza sorprendióla mientras enseñaba en la escuela normal de Arezzo, en plena madurez, cuando podía aún dar mucho a los jóvenes que apreciaban su inteligencia, su cultura y su integridad moral.

Su hijo, el profesor Camilo Berneri, que enseñaba filosofía en el liceo de Camerino, prefirió el camino del exilio a tener que pronunciar el juramento de fidelidad al régimen.

La madre siguióle hacia el destierro; compartió allí

su pobreza, sus peripecias, y soportó valientemente su pérdida, porque pensaba justamente que aquella muerte representaba el supremo holocausto que Camilo ofrecía al ideal.

(Durante el exilio escribió dos novelas antifascistas era una buena escritora de novelas para jóvenes). Pero tras la muerte del hijo, para los amigos y compañeros de éste no fué más que la «mamá de Camilo». Vivió en el culto a su memoria, y ese su amor lo expresó en el libro «Contigo, hijo mío», y en el opúsculo «En defensa de Camilo Berneri».

En el cementerio de Reggio Emilia, donde ha hallado el eterno reposo, una simple inscripción sobre su tumba: «La mamá de Camilo» continuará recordando a cuantos la conocieron qué cosa era en su vida.

No podemos menos que comparar esta noble y valerosa figura de mujer con la de Amelia Rosselli, con quien Adalgisa Fochi Berneri estuvo en afectuosa correspondencia mientras vivió.

También a Adalgisa Fochi Berneri puede aplicársele, parafraseando un fragmento del escrito dedicado por Gaetano Salvemini a Amelia Rosselli, aquello de: «Tuvo un hijo, lo educó en el amor a la justicia y a la libertad, el cual por su amor a la libertad y a la justicia fué asesinado».



## ECOS DE LA VIDA INGLESA

### LAS CONTROVERSIAS PUBLICAS EN LA B. B. C.

#### ¿Es mala la moral británica?

(Continuación.)

**Dr. Comfort.** — Quisiera decir a eso que yo creo que el proceso se desarrolla como usted dice, particularmente en la cuestión de la moralidad sexual, y me figuro que tenemos la gran responsabilidad de alimentar a esta muchedumbre con más hechos. Carecemos de datos sobre los efectos de ciertas formas de conducta. La cuestión ha sido planteada esta noche, ¿es realmente cierto que los hogares deshechos, por ejemplo, como hemos apuntado, afectan al carácter de los niños? Bueno, muchos psicólogos creen que sí y sin embargo esto también ha sido debatido. Pero existen muchas cosas como estas para las cuales podríamos dar un conjunto de hechos considerable. Los hechos probablemente no son un sustituto de la ética, pero es una cosa por la que en estos momentos infinidad de gente clama por ellos y creo que estaría muy contenta si pudiera conseguirlos.

**Rev. Ronald Lloyd (Iglesia Moraviana, Bradford).** — Estoy de completo acuerdo con Kenneth Barnes en que esta idea de elaborar, sea de la forma que sea, un hermoso código de ética, es precisamente lo que Jesús no quiso hacer. Rechazó la idea de formular un libro de reglas y lo dejó todo a voluntad de la personalidad humana. Pero antes de hablar sobre lo que creo un punto fundamental, no puedo resistir, señor Presidente, al deseo de hacer una alusión a Víctor Wiseman. Francamente, su ataque sobre este programa de televisión, es verdaderamente injusto. Yo vi el mismo programa e hice exactamente la misma clase de investigación y llegué a unas conclusiones completamente contrarias: Particularmente, cuando la Iglesia, en cada uno de los casos, expuso claramente de que en tres segundos uno no puede dar una respuesta final a nada. Me doy cuenta de que he caído en la misma trampa que Wiseman y muchos otros; yo dije «la Iglesia dice». ¿Qué man y muchos otros; yo dije «la Iglesia dice». ¿Qué celestial nombre es «la Iglesia»? Oímos continuamente esta frase precisamente cuando se hace un ataque contra la fe cristiana. ¿Es la Iglesia el Arzobispo de Canterbury? Wiseman citó lo que dijo aquél sobre la cuestión de la raza? ¿Por qué no cita a Trevor Huddleston? ¿No es éste también la Iglesia?

**Dr. Wiseman.** — Yo dije la Iglesia y sus líderes, señor Presidente. Tal vez vayan separados, pero todos ellos expresan un punto de vista religioso.

**Una voz.** — Pero aparentemente no el mismo. (Risas.)

**Rev. Ronald Lloyd.** — No el mismo, señor Presidente.

Es naturalmente inevitable en todas las sociedades que el hombre digno de confianza llegue a la cúspide, y naturalmente uno espera de una fuente tal solución firme. (Risas.)

La cuestión que quiero plantear es ésta. Vine creyendo estaría en desacuerdo con el 90 % de lo que el Doctor Comfort dijera, y me encuentro con que estoy de acuerdo con el 95 % de lo que ha dicho, particularmente cuando dice que todas nuestras ideas morales dentro de la sociedad están trastornadas: la idea de que la moralidad sexual es aceptada como la única forma de juicio o criterio.

#### PROPENSION AL SOBORNO

**Dr. Dorothy Knowles** (del Departamento de Estudios Franceses, de la Universidad de Liverpool). — Hasta el presente nadie ha mencionado la inclinación al soborno. ¿No podría esta manifestación de la gente de un país servir como medida para juzgar su moral, como podríamos usar de su conducta sexual?

**Dr. Comfort.** — Bueno, yo creo que podría. Yo no sé cuánto se debe a nuestro elevado standard moral aquí y cuanto a los accidentes históricos, esto usted misma puede ponerlo en claro, aunque cualquiera que haya trabajado en países como Egipto, como muchos de mis colegas lo han hecho, tendría mucho que decir sobre las diferencias entre la moralidad británica y la de aquellos en el extranjero. No parece que la cosa haya empeorado recientemente. ¿No es verdad? Yo no diría que existe una gran propensión al soborno. De todas formas, uno puede sobornar a un juez o a un diputado por poco más que nada. (Risas.)

**Lady James.** — Quisiera continuar hablando sobre el punto del cambio social. Se ha dicho mucho acerca de la gente que se asusta de los recientes cambios, pero seguramente en toda sociedad uno debe soportar las dos presiones; tenemos por un lado la presión hacia el cambio de los grandes reformadores, y por otro la presión que tiende al conservadurismo que viene de las fuerzas, que han sido criticadas, a mi parecer muy injustamente, de la Ley y de la Iglesia.

**Sra. Mitzi Cunliffe** (escultora y esposa del Sr. Marcus Cunliffe, jefe del Departamento de Estudios americanos en la Universidad de Manchester). — Como americana, Inglaterra me impresionó, considerándolo un país extraordinariamente moral, es decir, en términos de mora-



lidad pública. Sobre lo que se ha mencionado de propensión al soborno, es absolutamente sorprendente para mí de que haya tan poca corrupción pública; parece que todo el país tiende más o menos a regirse por las mismas reglas, lo cual es completamente diferente en sitios como los Estados Unidos, donde no tienen en realidad un conjunto de reglas; los americanos son tan polifásicos en sus fundamentos y orientación general que allí no existe ningún código al que se adhieran todos los americanos o luchen contra él. Inglaterra parece muy estática sobre este punto. La clase de cambio que disgusta a la gente hoy en Inglaterra se está llevando a cabo muy, muy despacio, comparado con otras sociedades más violentas que han sido transformadas de una forma más espontánea. Creo que el problema de los adolescentes que le preocupa hoy, es producto, mayormente, de una clase baja. En América, este es un problema de una clase media, de una clase superior y de toda clase de gente; mientras que aquí, la clase media y clase media superior parece conservar a los hijos en un estado de extraordinario infantilismo, tanto emotiva como socialmente, durante un período de tiempo larguísimo.

Los comentarios que sobre la religión se han hecho esta noche me parecen increíbles como humanista a la antigua que soy. Me impresiona la forma en que la gente inglesa que asiste a la iglesia regularmente contrasta con la gente americana, al menos en lo observante que es, comparada con la gente de Nueva York (Mi marido me corrige) (Risas). El pueblo inglés sin duda cree que existe un código moral, con pequeñas diferencias en detalles sin importancia, al que todo el mundo se acoge y el cual ha regido hasta no hace mucho. La mayoría de los americanos creería que una religión organizada no habría actuado como un tope moral para la sociedad por tanto tiempo sin que se hubiese visto envuelta en esta clase de argumentos.

William Grundy (ingeniero). — El Dr. Comfort ha atacado ciertas cosas y ha atacado también a algunos magistrados y clérigos. Mucha de la defensa que se ha hecho por parte de los miembros de la sociedad, ha sido defensa de la ley, de la justicia y de la religión; las cosas abstractas, mientras que lo que el Dr. Comfort atacaba, me parece, era a los individuos. Esos individuos, que son los elementos del conservadurismo de la sociedad que ha mencionado Lady James, merecen ser atacados si algunas de las recientes conmociones son típicas de lo que bulle en sus cerebros. Tomemos por ejemplo el reciente comité de magistrados sobre el tema de la homosexualidad. La moción que les fué presentada, fué duramente rechazada (eso ni es bueno ni malo, es un hecho solamente), pero las llamadas razones presentadas por mucha de esa gente indican un detestable e insano estado mental. Palabras como «bestial» y otras por el estilo fueron lanzadas como si estos fueran argumentos en vez de proposiciones inaceptables.

Alguien dijo antes algo de importancia, de que todos somos miembros de la sociedad. Creo que si como sociedad hemos aceptado la custodia de los menos afortunados, de los enfermos, de los viejos, etc., etc. (aunque las intenciones se vean frustradas por la presión política o económica), entonces no importa lo que le haya ocurrido a la moral individual en época reciente, ya

que al menos ha habido una mejora en la moral de la sociedad.

### SEXUALIDAD ADOLESCENTE

F. R. Poskitt. — ¿Puedo volver al punto del Dr. Comfort que hace referencia al sentido de culpabilidad relacionado con la cuestión sexual y particularmente con la necesidad de cambiar nuestra actitud y ser más tolerantes hacia las actividades sexuales de los niños y de los adolescentes? Por lo que toca a los niños, él se refiere sin duda a la errónea actitud adoptada — ciertamente hasta no hace mucho — tanto por padres como por maestros, en torno al efecto de la masturbación. Por lo que se refiere a los adolescentes, yo personalmente apruebo abiertamente una información más amplia a tal respecto.

Dr. Comfort. — Nos encontramos en una sociedad donde la edad de la pubertad va descendiendo rápidamente. Es una cosa extraordinaria, no creo que se haya explicado, pero ha descendido cinco años en el transcurso de un siglo. Tenemos una sociedad que aplazará el casamiento por un período considerable por varias razones económicas y también por la razón de aumentar los ahorros que son necesarios, y me atrevería a creer que tenemos que afrontar el hecho de una clase de actividad sexual, preferible heterogénea (aunque de momento no me hallo en condiciones de enfocar el rumbo que llegará a tomar esta), en la adolescencia. La cuestión podemos tomarla en varios sentidos. Podemos prohibirlo terminantemente, en tal caso ocurrirá; podemos decirle a la gente que lo eviten si es posible, que se circunscriban a la moderación, los cuales son consejos muy, muy vagos que no ayudarán en nada a nadie y si incrementarán en muchos los disturbios. Podemos aceptar las cosas de una forma franca y tratar de buscar una forma de acoplamiento seleccionado, diría yo, entre las personas adolescentes, lo cual no envuelva un riesgo de preñez prematura, ni cause un sentimiento de culpabilidad como tal cuestión causa hoy, ni nos lleve tampoco a la posición de tener que imponer una continencia que es siempre artificial. Mucha gente se enfadará conmigo por hablar de esta forma. La dificultad primordial radica en que no podemos imponer una cosa de tal naturaleza, como, por ejemplo, en un círculo privado. Si esto se pone en práctica en una escala limitada para un grupo de adolescentes, se levantará gran polvareda y el daño psicológico que resultará de ello también será grande al tomar contacto con otra gente. Esta es una cuestión que ha de venir paso a paso, pero creo que nos encontraremos en breve afrontados con algo parecido a eso que se llama «fait accompli». Y aunque no pueda entrar en detalles, la gran mayoría de las sociedades primitivas que no prohíben de una forma radical las relaciones sexuales en la adolescencia, llegan a varias fórmulas que no están mal. En realidad creo que existe una raza india que, de acuerdo con un artículo reciente de un antropólogo, cambió su sistema. En vez de aconsejarle a un joven de que fuera estable con una muchacha equis, empezó a insistirle o instarle a que entrara en rotación continua con las chicas de una casa-club donde vive la gente joven. Uno de estos jóvenes hizo remarcar que él consideraba al matrimonio como un alivio grandísimo ya que uno puede juntarse a la



muchacha que uno quiere y no tiene que soportar a una plebe de jóvenes por quienes uno no siente afección alguna, y que dejarlas para otros es la mayor alegría que uno puede recibir.

**Rev. Ronald Lloyd.** — Probablemente la declaración más honrada que ha hecho el D. Comfort ha sido cuando ha abogado por las relaciones sexuales prematrimoniales para los adolescentes. El esperaba que todo el mundo saltara sobre él, y nadie lo hizo, y yo creo que una declaración como esa no debería dejarse pasar sin que fuera recusada. Me parece que la deducción era que la obtusa mentalidad de la gente de iglesia estaba contra ella. Pero debe de ponerse perfectamente en claro de que existe una opinión psiquiátrica bien documentada la cual considera que esto no sería nada bueno; así que, bajo un punto de vista científico, no religioso, yo la condenaría.

**Dr. L. F. Henriques** (Departamento de Estudios sociales de la Universidad de Leeds). — Yo quisiera apoyar al Dr. Comfort en un punto, donde hace mención del hecho de que en muchas sociedades primitivas, en una particularmente, han puesto en práctica un medio adecuado para tratar la actividad sexual de la adolescencia. En el caso de una sociedad — creo que se referirá a algunos isleños asiáticos —, es permitida una completa libertad sexual o lo que llamaríamos promiscuidad antes del casamiento; pero después del casamiento el adulterio es castigado con la muerte, y en tal caso se asegura un estado de relaciones muy satisfactorio. (Risas.) Además de eso quisiera agregar que la discusión de esta noche ha dejado a un lado lo que en mi opinión es el punto más importante de lo que ha expuesto el Dr. Comfort. Esto es, en lo que se refiere a la libertad de acción que reina entre nosotros hoy día. Esto a mi parecer es absolutamente fundamental, porque lo que la mayoría de la gente es incapaz de hacer, es hacer uso de esta libertad de acción. (Bravo.) Al principio la Iglesia ayudaba y guiaba y era árbitro de conciencia y la gente sabía más o menos qué hacer. Hoy existen tantas organizaciones desorientadoras por medio, diciendo: Esto has de hacer y esto no, que el desgraciado individuo, en su lamentable estado de educación, encuentra muy difícil o casi imposible el decidir sobre una dirección marcada. El resultado de todo esto es, el predominio del psiquiatra.

#### AUTORIDAD DIVINA

**J. M. Cameron.** — Yo quiero decir tres cosas muy breves sobre la cuestión de cristianismo y moral. El hecho es que, en la enseñanza moral cristiana tradicional, los desvíos sexuales no son los pecados mayores. (Bravo, bravo.) Orgullo y avaricia son pecados mucho mayores que el pecado de la carne. Segundo, quiero significar de que no puedo aceptar de forma alguna lo expuesto por Kenneth Barnes sobre la moralidad cristiana considerándola algo así como moral experimental. Si existe algo perfectamente claro, esto es que Cristo en los Evangelios enseña con autoridad y dice: «Te digo esto o lo de más allá.» Y todo el problema moral en relación con la religión es la cuestión de autoridad divina y cómo se ha de llegar a conocer esta autoridad. Si existe autoridad divina y podemos llegar a saber lo

que significa, esto soluciona, en un sentido muy real, la cuestión moral.

**Lady James.** — Quisiera terminar con una nota optimista. Podríamos tener presente que la proporción de divorcios, de separaciones y de delincuencia, va descendiendo y la proporción de ilegitimidad se ha mantenido estable — a excepción de las dos guerras — durante los últimos cincuenta años.

**El Dr. Comfort** respondiendo a la discusión. — Quiero volver al punto expuesto por el Dr. Henriques quien recogió lo más importante de lo que he dicho. Tenemos una sociedad basada sobre la opción, no lo podemos evitar. Si alguien llegara aquí y pidiera a la Fifty-One Society que ordenara su conducta moral, con qué variedad de opciones se iba a encontrar! Esta es una clase de sociedad buena, a mi parecer: ella da grande oportunidad a los pensadores individuales e independientes; es la clase de sociedad plausible a conducir, digamos, a la investigación científica original. Pero es también la clase de sociedad que proporciona grande oportunidad para el fracaso del individuo y existe infinidad de gente que recibe tan poco apoyo de ella que seguramente encontraría la vida mucho más fácil en una sociedad que fuera altamente moralista y altamente sostenedora, como la de los países comunistas, que son intensamente moralistas en muchos respectos y son sostenedores hasta el extremo de que llegan a conseguir mantener o empujar al individuo en la dirección que se halla en conformidad con el tipo de ciudadano que ellos creen deseable.

Bien, creo que la ética no es una cosa que pueda establecerse para nadie. A mi parecer esta es una adaptación evolucionada de los animales sociales. Creo que es una cosa que todos poseemos — o al menos tenemos necesidad de ella —, y si no poseemos un sistema racional de ella, tendremos que inventar uno, bueno o malo. Y me parece a mí que el problema moral con que tenemos que enfrentarnos, como la mayoría de los aquí presente está de acuerdo, es el desarrollo de la sociabilidad, como yo le llamo, más bien que la moral suprema, dentro de la estructura de la libre elección. Personalmente creo que hemos de hacerlo sin la ayuda de una ideología, bien sobrenatural como ha ocurrido en el pasado, o política, como fácilmente podría ocurrir en el futuro. Estoy igualmente convencido de que esto sólo podemos hacerlo por medio de una expansión de conciencia individual y también de sociología científica que nos dé ideas de las consecuencias reales de muchas de las cosas que hacemos.

Bien: ¿es mala nuestra moral? Creo que como moral se halla a las puertas de la muerte. Uno de los oradores ha querido formular un código de moral. Y bien, existe un gran número de ejemplares atrasados de esa revista y nadie los lee. Me parece que los herederos de nuestra moral moribunda, si podemos llamarles así, serán «medios de felicidad» ajustados a la enorme diversidad de seres humanos, para quienes no creo pueda formularse un simple código de conducta, que pueda aceptarse universalmente. Repito que serán los «medios de felicidad» mejor que reglas de conducta.

Trad. J. R.

• •



# Algo en torno de «GERMINAL»



A historia de «Germinal», el mismo Emilio Zola la ha explicado en forma de cartas y de diversos documentos, y es quizá interesante evocarla en estas páginas.

Desde el 9 de septiembre 1884, en una carta a Mr. J. Van Sauten Kolff, escritor holandés, Zola dice: «Es perfectamente cierto que mi próxima novela «Germinal» es el estudio de una huelga en el marco de una mina de hulla. Fui, en efecto, a Anzin, y las pocas líneas que ha leído usted en «Las víctimas del deber» estaban tomadas sobre mis notas. La novela empezará a publicarse en el «Gil Blas» hacia el 25 de noviembre y durará hasta febrero, ya que será, creo, una de las más largas que habré escrito. Será un estudio popular, semejante a «L'Assommoir», pero sin las crudezas de este último. Estoy bastante contento de ella, pero esta cuestión social es muy dura a estudiar».

Veinte días después, dice todavía que está en pleno trabajo, pero que es una labor terrible, porque el tema le desborda y se repite palabra por palabra sobre las crudezas que no habrá en «Germinal».

De nuevo el 15 de octubre Emilio Zola se extiende sobre la fiebre que le atenaza, sobre las dudas eternas que le asaltan elaborando su «Germinal», del que ya están hechos algunos capítulos. «Germinal» será una obra de enjundia, bien atrevida, le da muchos quebraderos de cabeza. Pero he aquí Zola explicando lo que quiere decir Germinal, título que ha elegido para esta nueva novela de la serie de los Rougon-Macquart:

En su pensamiento, Germinal quiere decir: «Lo que germina en la tierra, la semilla de la sociedad futura, la revolución fatal que debe transformar nuestra sociedad».

Las inteligencias francesas, según la expresión propia de Zola, ¿comprenderán lo que él ha explicado en numerosas ocasiones respecto a este título? Lo duda, teme incluso; de ahí sus vacilaciones por adoptar este título; así lo explica: «Buscaba un título explicando el surgimiento de hombres nuevos, el esfuerzo que los trabajadores realizan hasta inconscientemente para desprenderse de las tinieblas tan duramente laboriosas en que se agitan todavía. Y un día, por azar, la palabra «Germinal» me vino a los labios. No lo quería al principio, encontrándolo demasiado místico, demasiado simbólico, pero él representaba lo que yo andaba buscando: un abril revolucionario, un vuelo de la sociedad caduca hacia la primavera. Y poco a poco me he habituado a él, tan bien, que ya no he podido encontrar otro».

Detalles curiosos sobre la elección de este título, y si ésta aparecía todavía obscura, para muchos lectores, re-

presentó, sin embargo, para Emilio Zola «como un rayo de sol que ilumina toda la obra».

Es sabido también que Carlos Chincolle contó hace años en «Le Figaro» una conversación sostenida con Zola y en esta narración explicaba «que en el espíritu de Zola, «Germinal» es esta primera vegetación que producen los granos. Aquí, los granos son las ideas de libertad, de igualdad, que han sido sembradas en el pueblo».

Pero la elaboración de su nueva novela no cesa de darle inquietudes. Si Anzin le sirve para Montson; si una quin-cena le basta para recoger impresiones que prefiere cortas y vivas para situar la atmósfera principal de su novela, para el resto tiene un trabajo de negro, pues el tema de las minas y del socialismo es para él ingrato, más ingrato de lo que se puede imaginar.

¿Será comprendido por aquellos a los que su libro irá dirigido? Zola está inquieto, teme no serlo, mientras que el éxito se anuncia vivo y si bien de él se siente bastante satisfecho, teme la acogida que se reservará a esta obra que le da infinitos desvelos.

«Grande y pesado trabajo», escribe aún, en una carta del 28 febrero 1889, pero la admiración que le manifiestan algunos espíritus de élite le reconforta, le llena de alegría, pues así sabe que hay algo de bueno en esta obra».

Muy fatigado de cerebro y de cuerpo, como él dice, expresa su felicidad en la esperanza de encontrar algunos lectores del género de su corresponsal, que aprecia un trabajo, cuyas dificultades técnicas renacen constantemente.

La novela aparece el 2 de marzo.

Octavio Uzanne recordaba, escribiendo sobre «Germinal», de Emilio Zola, que este título significa igualmente el séptimo mes del calendario republicano—del 15 marzo al 15 abril—. «¿Es por esta razón, se preguntaba Uzanne, por lo que Emilio Zola ha hecho que su novela empiece con un viento tempestuoso de marzo y que la haya terminado con una mañana de abril, radiosa, soledad, llena de promesas de porvenir?»

El 6 de octubre de 1889, Emilio Zola, haciendo alusión a esta otra novela, «L'Assommoir», revela que se había reservado esta otra faz del pueblo: «el obrero sufriente de los grandes centros industriales». ««Germinal» es, pues, el complemento de «L'Assommoir», el anverso y el reverso del obrero».

Lo que no pudo situar en «L'Assommoir», el análisis del papel político y sobre todo social del obrero, Zola tomó la resolución de situarlo en «Germinal», naciendo así ese fresco dramático y grandioso de una huelga narrada con todo el relieve que hace de ella una obra maestra en su género.

En Alemania, la crítica es unánime en sus elogios. El



«National Zeitung», de Berlín, y la revista de Munich «Die Geellschaft» publican artículos notables que llenan de alegría a Zola, el que empieza a ser comprendido fuera de Francia. Esta alegría le compensa de todos los disgustos que le producen los enemigos que se va creando.

El 5 de abril de 1895, Zola explica a M. Henry Duhamel, en «Le Figaro», el gran anhelo que le animó escribiendo «Germinal»: «Provocar una piedad, un tal clamor de justicia, que Francia cese en fin de dejarse devorar por la ambición de un puñado de políticos, para ocuparse de la salud y de la riqueza de sus hijos. He atenuado la verdad; aunque creo que la miseria estará cerca de ser aliviada cuando se decidirán los hombres a conocerla en sus sufrimientos y sin sus vergüenzas».

¡Pobre Zola, qué debería pensar hoy ante el cuadro de una Francia explotada más allá de toda previsión por políticos astutos y sin escrúpulos!

No obstante, quisiera precisar las intenciones que guiaron a Emilio Zola en la realización de su «Germinal», que mostraba los miserables tal como nuestra sociedad los ha hecho «gritando a los dichosos de este mundo, a aquellos que son los dueños», que prestasen atención, que mirasen bajo tierra a fin de evitar lo que él llama las catástrofes. Precisa ser justo, a fin de que la tierra no se abra para engullir las naciones.

«He bajado al infierno del trabajo y de él nada he escondido, ni aun las bajezas del medio, las vergüenzas que resultan de la miseria y del amontonamiento del rebaño humano, y es porque he deseado que el cuadro fuese completo con sus abominaciones». Y Zola afirmaba, aunque ello disgustara a algunos, «que «Germinal» era una obra de piedad y no una obra de revolución».

¡Grito de piedad, grito de justicia! He aquí lo que Zola, según su propia correspondencia, ha querido expresar: «poner lágrimas en todos los ojos, ante una tan dolorosa existencia de parias» y si este escrito no sirve para las señoritas, merecería ser leído por las familias, para ser oído cuanto en él se dice. No fué, divulgado y comprendido, cabe confesarlo, tanto como hubiera debido serlo.

Para que se conozca mejor su «Germinal», Zola escribe de Vierzon, con fecha 30 septiembre, a la Redacción de la «República Social»: «Publicadlo, y tanto mejor si hace algún bien». «Germinal», fué anunciado por un crítico como «un maravilloso clamor de misericordia, una magistral epopeya de piedad».

Debería recordar aún algunas páginas del carnet de notas que Zola garrapateó durante la huelga de Anzin, en febrero 1884; ellas son hermosas por su rebeldía y su amor por esos mineros, esos huelguistas, irritados por tanta injusticia y tanta miseria.

Más tarde, de su novela «Germinal» quiso hacer un drama del que la censura oficial prohibió las representaciones en París. Así se impidió al escritor, una vez más, el derecho de expresar su pensamiento. Esta injuria le hirió profundamente y dedicó a esa burguesía autoritaria y temerosa un odio sin igual.

Su drama, sin embargo, alimentado de buenas intenciones, continuaba siendo una buena acción: decir la verdad a los poderosos, despertar la atención del país sobre esta sombría vida de los mineros. «¡Piedad para los desheredados de este mundo!» Y hasta este grito no se dejó clamar. Y hasta en América, donde esperaba poder expresar en voz alta su pensamiento, la representación de su drama fué impedida. Allí también, la burguesía temía conocer la verdad sobre estas miserias sociales.

En Bruselas, en el Teatro Molière, se estrenó «Germinal». Emilio Zola, encadenado en París por un trabajo de forzado, no pudo asistir a ella. La censura no sirvió para nada, «Germinal» acabó por ser representado. Pero la Prensa, si bien «no mató la pieza, le dió el golpe de gracia para terminar con ella».

La crítica fué sin justicia para Zola. No obstante, en los alrededores del teatro donde se celebraba la representación gratuita, más de veinte mil personas se habían congregado. La censura estaba vencida.

Esto pasaba en el teatro del Chatelet, en mayo de 1888. Zola escribía a Albert Wolff, que encontraba Souvarine «pasado de moda»: «¿Que quiere usted, si Bakunin ya no le basta? Ya que debo decirle que la mayor parte de las frases de Souvarine son frases de Bakunin?»

O. Uzanne, recordando expresiones usadas en torno a «Germinal» en diferentes interviús, cita, entre ellas:

««Germinal» es un libro en el cual se discute la cuestión social. ¿Es esto lo que ha aterrado a la burguesía? No lo sé».

Sin embargo, Zola no cree mucho en la influencia del libro, en los medios obreros. «Los agitadores socialistas, añade, muestran un vivo desdén por la literatura».

Sin duda, hay excepciones, y Zola reconocía que «La Tierra» y «Germinal» habían sido «un poco más leídas que las precedentes obras en los centros industriales y mineros». Pero, se aprésuraba a añadir, «sólo la curiosidad ha llevado a los obreros a leer estos libros y la enseñanza que de ellos hayan extraído es nula».

En una charla, Zola decía: «Siempre he consagrado, en mis obras, una parte al socialismo. No he hecho un libro sin hablar de esta cuestión, sin hacerla intervenir en el drama, en el estudio, en la observación. He considerado y considero que hoy más que nunca el porvenir está contenido en esta palabra: socialismo». «Es la piedra de choque donde bruscamente irá a estrellarse un día la sociedad actual».

He aquí cómo nos revela Zola su «Germinal» y particularmente a través de su correspondencia. Es innegable que todo esto nos ayudará a mejor comprender el hombre, el escritor, que nos dejará una herencia maravillosa de pensamiento, mezclado con testimonios sobre la situación social de una época. Ella nos permite conservar esperanzas generosas y humanas, en favor de la liberación del mundo de los trabajadores.

HEM DAY

Trad.: F. M.



# LA IGLESIA Y LA PROSTITUCION

## I. — OPINION DE LOS TEOLOGOS



AN AGUSTIN dice textualment: «Nada tan sórdido, nada tan deshonesto, nada tan lleno de torpezas como las prostitutas, los agentes de la prostitución, y las otras pestes de este género. Y sin embargo, haced desaparecer a las cortesanas, y la corrupción se ensoñeará del mundo.» (Del Orden, I. 11, c. 18.)

San Liguori, ha sostenido la misma tesis con más energía aún: «La razón está, que si las prostitutas llegasen a desaparecer, los pecados de la lujuria se multiplicarían: Sodomía, bestialidad, masturbación, y todas las fornicaciones a que se encontrarían expuestas las mujeres honestas.»

Los casuistas van más lejos en este dominio: llegan a justificar la prostitución hasta el punto de hablar de ella como de una cuestión de derecho civil: ¿Por cuánto una mujer puede vender el placer que procura? Es necesario, para estimar dicha venta con justeza, considerar a la nobleza, a la belleza y a la honestidad de la mujer. Una mujer honesta vale más que la que abre su puerta al primer venido.

Distingamos... O hablamos de una chica pública o de una mujer honesta: en buen derecho, una chica pública no puede reclamar a uno más que lo que reclama a otro; debe establecer un solo precio. Existe una especie de contrato entre ella y sus clientes: el cliente ofrece su dinero y ella entrega su cuerpo.

«Pero una mujer honesta puede exigir cuanto quiere, porque en las cosas de este género que no tienen un precio ordinario y fijo, la persona que vende es dueña de su mercancía. Una jovencita virgen y una mujer honesta pueden vender su honor, al precio que les convenga.»

Y aún: «Una chica pública no puede en justicia pedir a uno lo que no haya pedido a otro, debe establecer un precio prefijado. Es un contrato entre ella y el cliente. Este da el dinero y ella entrega el cuerpo.»

Escobar trata el problema en el mismo espíritu: «En conciencia, se está obligado a pagar las acciones de esta clase, suficientemente, según las diferentes condiciones de las personas que las cometen.»

Sigue una tarifa y luego continúa: «Los bienes que una mujer adquiere mediante el adulterio, aunque por vía ilegítima, han sido verdaderamente ganados, pero sin embargo la posesión es ilegítima.»

Y Em Sa opina: «Toda mujer y todo hombre que hacen un uso vergonzoso de su cuerpo, pueden hacerse

pagar, y el que los emplea debe darles el precio estipulado.»

«Pero una mujer casada — observa J. Gordon — no tiene tanto derecho en hacerse pagar porque las ganancias de la prostitución no han sido estipuladas en su contrato de casamiento.»

Según Diana un religioso puede dejar su hábito sin peligrar de excomulgación, si lo deja «para ir a un lugar de perdición.»

## II. — EL CLERO Y LA PROSTITUCION

Semejante indulgencia por parte de los teólogos y de los casuistas referente a la prostitución sólo es explicable con la concesión de Diana. La prostituta está, en el curso de toda la historia, al lado del fraile y del soldado. Un número infinito de testimonios, de deliberaciones, de concilios, de analistas, etc., podrían ser citados para demostrar que los sacerdotes han tenido durante siglos y siglos, concubinas. El cardenal Boronio, en sus Anales eclesiásticos del año 741 cita una carta del obispo Bonifacio, al papa Zacarías, en donde este obispo, lego del papa, habla del clero de su legación. Entre otros, dice que los curas «tienen cuatro, cinco y aun más concubinas (concubinas quator, vel quinque, vel plurel noctu in lecto habentes).»

El obispo Thierry de Niem, secretario del papa Urbano VI, escribe en su *Memoris unionis tractatus* (cap. XXI):

«Cuando los obispos van sólo dos veces por año a hacer una visita a sus sacerdotes subalternos y a los curas, les acompañan sus amantes, las que no permitirían hacer el viaje sin ellas, pues son recibidas magníficamente por los curas y sus concubinas, las que les ofrecen muchos regalos — y ellas temen que sus obispos no se enamoren de las concubinas de los sacerdotes visitados.»

El autor del libro rotulado *Speculum humanae vitae* habla así de los canónigos (libro II, cap. XIX):

«No basta una sola mujer para un canónigo y además de la que vive en su casa, en calidad de esposa, tienen un gran número de jovencitas como concubinas.»

En 1706, Chiericato deplora que los religiosos no tengan vergüenza al ir en pleno día a las casas de prostitución. Cuando Luis XIV ordenó el arresto de todos los eclesiásticos que frecuentaban los prostíbulos, se llegó a la detención de 296, por lo menos.

La corte pontifical fué durante siglos un foco de prostitución.

## III. — LA CORTE PONTIFICAL

El cardenal Boronio, el gran analista de la Iglesia



## La crisis económica y el paro forzoso <sup>(1)</sup>

POR SEBASTIAN FAURE

Apreciados camaradas:

Estamos atravesando una crisis sin precedentes. Y digo sin precedentes por lo prolongada, extensa y profunda. No tiene precedente a causa de la gravedad excepcional que las circunstancias dan a dicha crisis. Sin precedente en razón de las consecuencias formidables que eventualmente puede aportar y a causa de aquellas que por lógica es posible surjan.

Tal vez os habría parecido incomprensible que, en una serie de conferencias, no dedicase una de ellas al análisis de esta crisis, que preocupa ya a buen número de gente, y que, poco a poco, está llamada a abarcar a toda la población. Por tal motivo, he creído que era necesario estudiar ante vosotros los orígenes y las consecuencias de la situación actual, y examinar las soluciones que pueden dársele.

Durante largo tiempo háse negado que existiese, en este país, una crisis que, desde algunos años ha, azotaba ya a las naciones más poderosas del mundo. «Buen humor y prosperidad», tal era la divisa y la noble consigna bajo las que los excelentes gobernantes que padecemos, llamaban al pueblo a beneficiarse de un régimen excepcional, debido a su propia habilidad, a su nunca bastante ponderada sapiencia (?). ¡Ah, cuán orgullosos y felices podíamos considerarnos los franceses!

¡Ay! desgraciadamente ha sido preciso romper el encanto. Lejos, muy lejos de nosotros está la era del buen humor y de la prosperidad. El Gobierno se ha visto obligado a confesar que en realidad hay crisis económica e industrial. Y nuestros gobernantes hanse mostrado, en semejante circunstancia, como imitadores de los peores criminales. Estos, cuando se les detiene, empiezan por negar enérgicamente las acusaciones que pesan sobre ellos, hasta que, abrumados por los testigos y los hechos, su culpabilidad se hace palmaria y evidente su responsabilidad.

Conferencia pronunciada en París, en el Teatro Belleville, por Sebastián Faure.

¡Y que no nos vengán hablando de esta religión nueva, que llaman *religión de la natura*, que quisieran establecer sobre las ruinas de los viejos moldes y dogmas, algunos raros fanáticos que se creen ser libres pensadores! La naturaleza, compañeros, es muy a menudo para nosotros, no la tierra madre que han cantado los poetas... mas si una ciega y cruel madrastra, contra la cual nos encontramos muchas veces obligados a luchar... ¿La *religión de la Natura*?... es el retroceso a las edades primitivas; es la negación del Progreso; es el triunfo del Instinto contra la razón y contra la Inteligencia... La civilización no se ha hecho más que con las conquistas del hombre sobre la natura. En suavizar las leyes, atenuar los errores, domar y corregir las fuerzas inconscientes... tal es el papel de la *Ciencia*; y es la *Ciencia* que nos distingue de los animales y de los salvajes. Si hay algo que adorar, si hay algo que obedecer, es a la *Ciencia*; a ella hay que adorar, es a la *Ciencia* que hay que obedecer. Ella es la afirmación del poder humano; es la victoria del *Espíritu* sobre la *Fuerza* y sobre la *Materia*, y de la *Voluntad* sobre la *Fatalidad*... Ella es la tierna y grande *Salvadora* que nos conducirá paso a paso, lenta y seguramente, hacia los lejanos y venturosos días espléndidos y luminosos, donde, después de haber sacudido el hombre los últimos grilletes que le entraban, se podrá ver según la frase del poeta:

«Estos gusanos abren sus alas en los cielos».

¡Hora es ya de que la vieja doctrina de la Iglesia, que coloca la criatura humana entre los sufrimientos de la castidad absoluta y los de la fecundidad sin límites; que pretende prohibir todas las alegrías del Amor a los que por razones muy graves vacilan delante de la obra de la vida... ¡es hora ya de que esta doctrina tiránica y cruel, vaya o reunirse, en el caos de las cosas muertas, con todo el soplo de rebeldía...!

¡Ah, ciertamente, que se exalte la Maternidad. Que se glorifique la grandeza dolorosa!... Pero que no se haga de ella la única razón de ser y como la *excusa* del Amor...! ¡El Amor lleva en sí mismo su belleza y no necesita excusas!

¡La Maternidad, libre y voluntaria, será más sublime aún!... ¡Nadie tiene el derecho de imponerla como nadie tiene el derecho de prohibirla!

¡Que cada mujer escoja ella misma su destino. Se habla mucho de la *felicidad de la humanidad*. Cada uno trae su fórmula o su sistema. Pero la felicidad es cosa esencialmente relativa, variando con los individuos... no se puede reglamentar... y las solas doctrinas de felicidad son las doctrinas de libertad!

### CONFERENCIA DE SEBASTIAN FAURE

Señores, señoras, compañeros:

Cuando mis amigos de la «Liga de la Regeneración Humana» vinieron a solicitar mi concurso e interés de que hiciera uso de la palabra en el curso de esta reunión a la cual habéis venido en nu-



merosa concurrencia, la verdad, me hice rogar un poco. El tema no me inspiraba afición. Me parecía de naturaleza a prestarse a sabias disertaciones filosóficas o médicas, mas no creía que tuviesen relación con los estudios que de costumbre me dedico y con los cuales de ordinario trato en público.

De todos modos, estos amigos insistieron con tanta vehemencia; me demostraron con tanta franqueza y lealtad que no venían a pedir-me a que yo hablase y pensase como ellos, solo sí, que tuviese a bien estudiar este gran problema y desarrollarlo luego, ante el público que solicitarían la presencia, con el resultado que yo hubiese obtenido de dichos estudios; en una palabra, me dejaron tan a mis anchas, con entera libertad, que accedí a sus deseos. Y me congratulo de haber venido esta noche para darles sinceramente las gracias y demostrarles aquí un testimonio público de agradecimiento profundo.

Como tantos otros, conocía muy poco, lo confieso con toda modestia, conocía mal este problema de la población. Pero como ya había dado mi palabra, ha sido preciso por dignidad, e impulsado por el respeto de una asamblea como la presente, que hiciera los estudios necesarios.

Me dediqué a investigar, indagar; he consultado documentos; he hojeado ciertos libros que desconocía por completo; a este trabajo, a esta documentación, poco a poco, me he aficionado; y he comprendido toda la importancia del problema.

Es el resultado de estas investigaciones, son las ideas personales que me han sido sugeridas por este trabajo lo que quiero exponeros esta noche. Y si no me alabo de haceros participar bruscamente, en poco rato, del sentimiento que a mí mismo me ha producido, me lisonjeo de llegar a este resultado, que me parece compensará largamente mis esfuerzos, al saber que fijaréis vuestra atención, de una manera seria, sobre un problema de la más alta gravedad.

Pues, de todos los problemas tan numerosos y tan complejos que solicitan actualmente el pensamiento de los sociólogos y filósofos, no hay ninguno tan grave como el de la población. No hay tampoco ninguno menos conocido.

Estudiemos pues, juntos, este problema; examinémosle atenta e imparcialmente.

La felicidad de la humanidad está subordinada al equilibrio constante entre las necesidades sentidas por el hombre y la posibilidad de satisfacerlas, es decir, entre la población que habita nuestro planeta y los medios de subsistencia existentes en este mismo planeta.

Si acontece que las subsistencias sobrepujan a las necesidades a satisfacer, la abundancia reina y es suficiente que una distribución equitativa de los recursos se establezca por un común acuerdo entre los hombres, para que la prosperidad sea universal y la humanidad feliz.

Si acontece que las subsistencias sean sobrepujadas por las necesidades a satisfacer, que el equilibrio se quiebre, no en beneficio de los productos, mas sí, al contrario en detrimento de los humanos, en-

más mejorada, de menor cantidad, pero de mayor calidad, podrá y deberá hacer.

Sólo, una humanidad, compuesta de organismos sanos, fuertes y hermosos, de cerebros ilustrados, de corazones dignos y fraternales, de voluntades enérgicas, sabrá llevar a cabo; cumplirá este noble gesto de negación y de protesta.

¡Entonces, la humanidad, llevará a cabo su emancipación!



birn los brazos ofreciéndose en masa para los quehaceres mercenarios de la policía y de la guardia civil.

Pero, menos numerosos y sobre todo de mejor calidad, los proletarios estarán mejor armados; salud, saber, dignidad, llegarán a ser las cualidades casi generales con una buena educación.

Mirad la actitud de nuestros amos, de todos los burgueses, que predicán la cruzada de la repoblación; todos marchan en guerra contra la disminución del número de nacimientos, claman con desespero que nuestro país camina hacia su ruina porque las estadísticas demuestran que los nacimientos disminuyen. Para ellos, esta disminución de los nacimientos se convierte en un peligro nacional.

Esta actitud de todos los burgueses no es concluyente, ya lo admito; no es una prueba, consiento en ello, pero sí es una indicación; en lenguaje jurídico se diría: es una presunción. Es más y es mejor que una presunción.

Os imagináis bien que esta actitud de la clase burguesa no es una actitud de casualidad. La burguesía tiene sus razones para empujarlos a procrear muchos hijos.

Sus razones, compañeros! Les hace falta muchos soldados, muchos policías y espías, mucha guardia civil, muchos carceleros y cabos de vara; les hace falta todo esto para mantener en la esclavitud a los trabajadores que se disputan los salarios como los perros se disputan un hueso en el cual hay un poco de carne.

Todos estos motivos son más que suficientes para que la masa de los desheredados disminuya.

¡Toma, burgués! Si quieres prostitutas, aprende que nuestras hijas no han nacido para servir y dar gusto a tus ludibricos deseos. Si quieres policías, haz la policía tú mismo; aprende que no comemos más, que no queremos comer más de ese pan.

¡Toma, burgués! Si quieres soldados, sé tú mismo soldado y arriesga tu pellejo en el campo de batalla.

¡Toma, burgués! Si quieres brazos hábiles, robustos, habituados al manejo de las herramientas, págales, o bien trabaja tú. Los tuyos son enclenques y ruines; si quieres los nuestros págales o te serán negados.

¡Patria! Ya no reclutarás de entre nosotros más soldados. Somos obreros de la vida, y no obreros de la muerte. Los deseos de paz están entre nosotros y no los instintos de ferocidad.

¡Estado! ¿Necesitas electores que formen tu rebaño? No queremos más Estado. Queremos encargarnos nosotros mismos de nuestros asuntos y no facultar a nadie el cuidado de pensar, de deliberar, de querer por nosotros.

¡Magistratura! Ya no tendrás más criminales a quien juzgar, a quien asesinar. ¡Márchate! ¡Vete!

¡Prostitución! Ya no nos arrancarás más nuestras hijas que tanto amamos, que la miseria acechaba, y que condenaba a vender su cuerpo para alimentarlo.

He aquí lo que una humanidad joven, robusta, menos numerosa,

tonces resulta que el malestar crece sin cesar, que la miseria llega acompañada de su inevitable cortejo de crímenes, de opresiones, de corrupciones, guerras y monstruosidades.

Hay, pues, que establecer las relaciones entre la población por una parte y las subsistencias por otra.

Me parece necesario hacerlo antes de entrar en otras consideraciones, las cuales por otra parte vendrían a injertarse naturalmente al punto adquirido en primer término.

Voy, pues, a esforzarme en establecer primeramente lo que se podría llamar la ley de la población; después lo que podríamos nombrar la ley de las subsistencias.

Acercaré la una de la otra estas dos leyes; agruparé comparándolas estas dos series de fenómenos y veremos cuáles son las conclusiones que pueden desprenderse.

Sí, en lo que concierne a la población se pone la cuestión en la forma siguiente: Siendo una población de... ¿esta población debe crecer o quedar estacionaria o disminuir?

Sí, en lo que concierne a las subsistencias, se pone la cuestión de la manera siguiente: Siendo la totalidad de los productos existentes en tal época, ¿esta totalidad tiene tendencia a disminuir, a quedar estacionaria o a crecer? Es incontestable que la respuesta en el primero o segundo caso, ya se trate de la población o de las subsistencias será la siguiente: la población y las subsistencias no tienen tendencia en decrecer, no tienen tendencia en quedar estacionarias, más sí, tienen una tendencia bien marcada en aumentar.

Así, pues, está bien entendido y no creo que esto pueda dar lugar a ninguna objeción o debate, que crecen el uno y el uno, los dos términos de esta proporción o relación: subsistencias y población.

El todo es de saber si este desarrollo se establece de una fórmula regular, matemática, paralela y constante; sí, una vez la proporción establecida, no está contrariada, en una palabra, si es con la misma rapidez que crecen población y subsistencias. Es incontestable que si esta relación fuese constante, si subsistencias y población debiesen crecer paralelamente, desarrollarse proporcionalmente, recotrar en un mismo tiempo la misma distancia, producir con la misma fuerza, la misma intensidad, el problema resuelto una primera vez, lo sería para siempre.

Pero sí, al contrario, aun cuando la población y las subsistencias crecen la una y las otras, se establece que la población crece con mucha más rapidez que los medios de existencia, será menester entonces que pensemos en recurrir a la limitación, llegada a ser necesaria, del crecimiento de la población.

Esta es la primera parte de mi demostración.

Es árida, sí; mas no hemos venido aquí para distraernos, para divertirnos, y las frases grandilocuentes, deben, en una asamblea tan estudiosa como la presente pasar a segundo lugar, cuando es necesario fijar nuestra atención en un problema grave, de poner cuidado en cosas de una extrema importancia.



Para daros una idea de la rapidez con que la población TIENE TENDENCIA en crecer (y ved con qué insistencia pronuncio la palabra tendencia, lo que significa que hay que ver en la formulación de la ley de la población su carácter tendencial y no positivo), voy a proponeros un problema que fué antes propuesto por Herschell y daros su solución. El sabio astrónomo Herschell, para dar una idea de la productividad genésica de la especie humana, anunció un día en su salón el problema siguiente:

«Si, en tiempo de Chéops, es decir, tres mil años aproximadamente de nuestra era, una pareja humana hubiere vivido, y si a contar desde aquella época, la guerra, las enfermedades contagiosas y el hambre hubiesen sido suprimidos; si, en una palabra, la raza procedente de aquella pareja no hubiese estado sujeta más que a la muerte causada por las enfermedades y achaques ordinarios, podemos admitir que la pareja se habría duplicado a los treinta años y que sus descendientes habrían seguido la misma progresión de treinta en treinta años.

«La cuestión que expongo es ésta: ¿Cuál sería actualmente la población del globo? ¿Los descendientes de esa pareja, colocados en pie, el uno al lado del otro, cubrirían toda la superficie de la tierra?

«Todos contestaron que la superficie terrestre sería insuficiente.

«Pero, dijo Herschell, y si estuviesen apretados el uno junto al otro y si encima de sus hombros se colocasen en pie otros seres humanos, ¿cuántos pisos superpuestos creéis que se podrían formar?

«—¿Quizás tres pisos?

«—Estais muy lejos de la cuenta, dijo Herschell; planteo la cuestión de otra forma: ¿Qué altura en pies alcanzaría la columna o pirámide humana?

«—¿Treinta pies?

«—¡Oh! muchos más, dijo Herschell.

«—Pues bien, cien pies.

«—¡Más aún!

«Herschell dijo:

«—Los suficientes pies para alcanzar hasta la luna, quizás también hasta el sol.»

Otra hipótesis. Es la de un hombre de guerra—el cual por su oficio no es amigo nuestro—una de las glorias de su país, Bélgica, el general Brialmont. En una comunicación que dirige a la Academia Real de Bruselas, se expresaba en estos términos el 15 de diciembre de 1897:

«Según el giro que van tomando las cosas, de aquí a pocos siglos, la población del globo se habrá desarrollado de tal manera, que el problema de la población llegará a ser insoluble. Por más que se utilicen todos los rincones de tierra no utilizados hoy en día, se dessequen los pantanos, se desmonten los bosques y las selvas, se siembren de trigo todos los parques de recreo, y, suprimiendo de golpe toda la alimentación animal, reemplazando los pasturajes por campos productores de cereales, no se llegaría a alimentar los

Mas, si podemos hacer todo con las juveniles generaciones; lo esperamos todo de ellas; a condición que estas generaciones jóvenes sean sanas de cuerpo y de espíritu.

Los revolucionarios forman lo escogido. En todas las carreras, en todas las secciones de oficios la flor y nata de los individuos es revolucionaria. Se puede decirlo sin falsa modestia: el mundo revolucionario forma la supercalidad de la humanidad. No es entre los degenerados, entre los averiados, entre los débiles de cuerpo y de cerebro que se recluta el ejército revolucionario; es entre la parte sana, ilustrada, de pensamiento puro, de voluntad firme de la población.

Es preciso, pues, para que esta propaganda se ejerza con fruto, que esta juventud posea las cualidades que acabo de enumerar, que esta juventud esté bien dispuesta, robusta, sana, instruida, y no se pueden obtener estas cualidades más que a condición de estas dos cosas: buen nacimiento, buena educación.

Algunos dicen: que haya miserables en multitud, que la familia de los desheredados sea tan numerosa como posible; más descendientes habrá, más la miseria crecerá, más la rebeldía aumentará. Esto, creo que es, compañeros, un error. A mi también me parecía hace diez o quince años, que la miseria podía ser un factor de rebeldía y me preguntaba, entonces, si del exceso del mal no surgiría bien. Me parecía que aún éramos demasiado felices, que se comía aún demasiado, que aún había muchas sonrisas, mucho sol, mucho bienestar, y que el día que no hubiese más alegría ni esperanza, el día en que, sólo el desespero se presentaría a los vencidos de la lucha social, habría entonces un hermoso gesto de rebeldía llevado a cabo por los desheredados.

La observancia escrupulosa de los hechos, me ha probado que esta opinión no era exacta. ¡No! La miseria no es un factor de rebeldía. ¡La miseria! es una pendiente, una pendiente en donde se resbala, que os atrae, al fondo de la cual no se llega, más que después de haber rodado uno a uno todos los peldaños. No se llega a ser miserable y calamitoso bruscamente, no se arroja uno de repente en la pendiente irremediable. Es lentamente, poco a poco, pedazo por pedazo, jirón por jirón, que se pierde la fuerza, la salud, para caer en el desenlace definitivo. Por todo el camino se va dejando una parte de su dignidad, una porción de su energía. Y, cuando llega al fondo, cuando en fin se ha rodado hasta el abismo, se está talmente depredado, tan envilecido, que se hace imposible, aun al que antes manifestaba sentimientos enérgicos, una voluntad firme, un pensamiento robusto, de volver a pensar y a querer de nuevo.

Los que dicen: es menester muchos descontentos, muchos miserables a fin de que el grano de rebeldía se multiplique, no tienen a la vista más que un lado de la cuestión. Esta masa de miserables, es el abaratamiento de los salarios, son las condiciones de trabajo, de si ya tan dolorosas, convertidas en intolerables; es la horrible lucha fratricida, es la competencia entre padre e hijo, entre miembros de una misma familia; son el acaparamiento de todos los oficios; son tam-



Pretendo que los padres y las madres que obran de esta manera en nombre del pudor del niño son culpables e imprevisores. La verdadera moral consiste en proyectar a los sujetos la luz necesaria, luz que, algún día, el niño sabrá procurarse. Vale más que sean los que le aman que le den esta luz, que no los extraños que no lo conocen.

Todos hallarán beneficios en la limitación voluntaria y prudente de los nacimientos. Los niños tendrán más fácilmente salud, felicidad e instrucción; los padres podrán dejar a sus pequeños remojando sus labios en las fuentes del saber y desalterarse con toda comodidad.

Mas no solamente hay beneficio y adelanto para el grupo familiar con la procreación reflexionada. El grupo social, desembarazado de escorias, purificado de los gérmenes mórbidos, sabiendo que la calidad vale más que la cantidad, que la prosperidad no depende del número de los que la componen, mas si depende de la calidad de éstos, hallará mucha ventaja en esta limitación voluntaria de la procreación.

En fin, compañeros, no me perdonaria, si antes de terminar esta exposición ya demasiado larga, me olvidase de colocarme bajo el punto de vista que así lo espero, os inquieta en alto grado y que a mí me preocupa: quiero hablaros del punto de vista revolucionario.

En el círculo revolucionario se conoce poco, o se conoce mal esta cuestión, y ya que se hallan hoy aquí en gran número los compañeros—hablo de los revolucionarios, libertarios, anarquistas—, no creo aventurar un juicio temerario diciendo que han oído esta noche muchas cosas que ignoraban, a las cuales no habían concedido importancia alguna. Y sin embargo, todo no ha sido dicho. Esto prueba que el problema está mal conocido de ellos. Son, no obstante, de los que hay más interés en conocerlo bien. Es un error el considerarlo de poca importancia. Es preciso pues estudiarlo; nos bastará de algunas palabras para demostrar que bajo el punto de vista revolucionario, es al contrario de una importancia primordial.

El niño de hoy es el hombre de mañana. La gavilla se hace después de tener el grano; después de la siembra la siega. La cosecha no será hermosa mientras la simiente no haya sido buena y esparcida sobre un terreno fecundo y fértil.

¿No estamos ya convencidos de que con los viejos, los rancios, no podemos hacer nada? El cerebro de estas gentes está ya anquilosado, ciertas evoluciones les son imposibles: tanto cuanto el hombre joven puede fijar su pensamiento sobre puntos diferentes, ir de uno a otro y cambiar, otro tanto el hombre de edad madura se resiste a los cambios y a la evolución. Nada podemos hacer con los viejos de cuerpo y de cerebro.

Las personas de edad madura, tienen algo que defender, una familia que proteger, un comercio a desarrollar, una situación que conservar cuya prosperidad podría ser comprometida. Sería el trastorno de su vida, un cambio demasiado grande en sus costumbres. Nada hay que esperar, pues, de la gente de edad madura.

hombres que poblarán nuestro planeta así que éstos hayan alcanzado la cifra de doce mil millones, eventualidad que tendrá lugar en algunos centenares de años.»

He aquí, pues, dos hipótesis: una presentada por Herschell, otra por el general Brialmont. No son hipótesis ridículas. Son suposiciones que no tienen nada de absurdas. Mas, como no queremos construir sobre simples suposiciones, pero sí sobre un terreno firme y resistente de realidad, he aquí algunas cifras que me parecen de naturaleza a demostraros la energía del desarrollo de la población. Ya no se trata aquí de hipótesis, sino de cifras tomadas de las estadísticas oficiales que establecen el crecimiento real, que vienen a esclarecer la cuestión por vía de documentación.

«La población de Francia ha aumentado en 40 por ciento, durante el siglo diecinueve, mientras que la de Austria-Hungría ha aumentado en un 80 por ciento; la de Italia, 82; la de Alemania, 123; la de Inglaterra, 143, y la de Rusia en 269 por ciento.

«La progresión de la población de Rusia es de las más rápidas. Al comenzar este siglo, no se igualaba más que en un tercio de la población de las cinco otras naciones reunidas; hoy es de dos tercios.

«En 1779, cuando tuvo lugar el primer empadronamiento hecho bajo Pedro el Grande, Rusia contaba 14.000.000 de habitantes; en 1897 esta cifra está casi decuplicada, 130.000.000. Según los cálculos del estadista Schereider, la población del imperio ruso se elevará en el año dos mil a 300.000.000, mientras que la de Alemania será de 80 millones de habitantes.

«Esta progresión repartida entre Europa, da los resultados siguientes: En 1801, la población de Europa no era estimada más que en 175.000.000 de habitantes; mientras que esta cifra alcanzaba en 1830 a 216.000.000, a 300.000.000 en 1870. Es así que en 30 años la población aumentaba en 41 millones, y en 70 años, 125 millones.

«En 1885, la Europa contaba 337.526.700 habitantes; en 1895, esta cifra se eleva a 367.447.500. Lo que da un aumento de 29.922.800 habitantes en diez años.

«Y actualmente, la población de Europa alcanza cerca de 380 millones, o sea un aumento de 12 millones de habitantes en tres años, *comparativamente a la situación de 1801, la población de Europa ha más que doblado en menos de un siglo; en 95 años, se ha aumentado de 205 millones.*

«Si se hace el mismo cálculo de crecimiento de la población de Europa, en el siglo que entramos, tomando por base la proporción actual y el número de habitantes por países, se obtendrá el resultado siguiente:

	1892	1992
Rusia .. .. .	110.000.000	340.000.000
Alemania .. .. .	49.000.000	115.000.000
Austria - Hungría .. .. .	42.000.000	80.000.000
Gran Bretaña e Irlanda .. .. .	38.000.000	80.000.000



Francia .. . . .	38.000.000	50.000.000
Italia .. . . .	30.000.000	50.000.000
España y Portugal .. . . .	22.000.000	35.000.000
Península de los Balkanes .. . . .	20.000.000	30.000.000
Escandinavia .. . . .	10.000.000	15.000.000
Bélgica .. . . .	6.000.000	10.000.000
Países Bajos .. . . .	5.000.000	8.000.000
Suiza .. . . .	3.000.000	5.000.000
	373.000.000	818.000.000

«Estas cifras espantan; vienen a demostrar, en contra de todo lo que se pueda alegar en contrario a la exactitud de la ley de Malthus, en cuanto a la progresión de la población.

Se concibe que sea necesario enrayar tal estado de crecimiento de población.

He aquí, pues, la rapidez con que puede crecer la población.

Ahora bien. ¿Las subsistencias crecen también de una manera tan rápida? Pues si los medios de vivir aumentan con la misma progresión, el equilibrio incontestablemente no sufrirá descalabro. Una situación grave de sí misma no peligraría de ser empeorada. Si al contrario, comprobamos que, mientras la población se desarrolla con una rapidez espantosa, las subsistencias, desarrollándose también, no crecen en proporción igual, nos veremos obligados a admitir que los dos se alejan el uno del otro, de más en más y que la zanja que los separa hoy, será mañana un abismo.

Pues bien. Las subsistencias no se desarrollan tan rápidamente como la población.

Sin ni aun serviros de atestados documentarios, sin ni aun recurrir a las cifras y a las estadísticas, el simple buen sentido enuncia esta verdad que: mientras que la población crece de una manera constante, las subsistencias no crecen más que a períodos, por sobresaltos, con soluciones frecuentes de continuidad.

Cuando un nuevo procedimiento de cultura se introduce en un país, cuando los medios mecánicos, cuando las herramientas se multiplican y se perfeccionan, es incontestable que hay una sacudida muy fuerte, que un vigoroso esfuerzo se ha dado a las cosas de producción. Pero, al cabo de algún tiempo, este movimiento se paraliza, mientras que la población continúa creciendo sin parar, sin solución de continuidad. Además, la producción está fatalmente limitada con el suelo, que también está limitado.

Los hombres pueden pulular sobre la tierra, cubrir el suelo de nuestro planeta, sin límites, y formar una gigantesca pirámide, mientras que la tierra tiene sus recursos limitados y una extensión restringida. Se puede, enriqueciéndola de caldos alimenticios empleando lo que el tesoro científico actual da como medios para llegar a ello, estimular la fecundidad de la tierra y llegar a resultados inesperados,

más, tales son de ordinario los resultados de estos nacimientos no deseados.

Si en la familia los hijos son demasiado numerosos, el salario acaba por ser insuficiente, la miseria se instala en el hogar. Llegada la noche, cuando abrumado de fatiga, extenuado, el padre regresa del taller, reina en la vivienda un lúgubre silencio, las facciones denotan la angustia y la ansiedad, los corazones hallanse poseídos de melancolía y desesperación.

Si el hombre, a pesar de ese cuadro, se queda en casa, su interior le es desagradable; llega día que se va a la taberna, o a la sociedad de su oficio a jugar a los naipes por distraerse; hay demasiados chicleos en casa, hacen demasiado ruido, le molestan. Y la pobre madre que tiene un niño de pecho y dos o tres más que apenas caminan, no tiene tiempo de dar a la habitación aquel aire de limpieza y aseo, en el interior, aquel algo de coquetería que hace que el hombre se halle en él como el pájaro en su nido. Se va; queda el matrimonio desequilibrado, desunido; la miseria va acrecentándose. El grupo familiar se quiebra y ofrece este espectáculo de un interior sin alegría, sin aire, sin aliciente.

¿Y el niño? Va creciendo en ese ambiente, se desarrolla a pesar de todo; el vigor crece en él, es el arbusto que, aunque achaparrado, persiste y quiere vivir. Va creciendo, sin sonrisas, sin consejos, sin ternuras, sin manos cariñosas que se tiendan hacia él, sin labios amorosos que le den el beso que con ansia espera.

¿Todo esto no nos demuestra que es preciso no tener más hijos que los deseados?

¡Eh! sin duda alguna, la maternidad consentida supone una transformación profunda en la educación del niño. Los hipócritas doctores de la moral oficial que predicán la virtud, y que generalmente practican el vicio a condición de que éste quede oculto, piden para la infancia la ignorancia de ciertas cosas.

La ignorancia es siempre un mal, un peligro. Cuantas faltas, cuantas majaderías son cometidas por los niños, únicamente por inexperiencia, por ignorancia. Un padre y una madre precavidos deben siempre enseñar a sus hijos. El niño acabará por saber. ¿Por qué, pues, ocultarle y andarle con misterios y secretillos? ¿Es para cuidar de su pudor? Andar con misterios es iniciarle e incitarle a que él también lo haga, en cosas que le inquietan en ideas falsas que a propósito de las mismas consultará a los amigos o a sus vecinos. No faltarán tampoco personas que más tarde le enseñarán mal, cuando ya no será más que demasiado tarde para instruirlo con verdadera franqueza. ¿Por qué, pues, ocultarle lo que aprender más tarde? Es una imprevisión imperdonable. Pretendo que, disimulándole estas cosas, es despertar en él, antes de la edad que la naturaleza ha señalado para su desarrollo normal, curiosidades malsanas, que es abandonarle confiante e ignorante, a las excitaciones de todas las tentaciones que le rodean, que es librarlo a la casualidad, a los peligros de promiscuidades insanas, que es exponerlo al borde del abismo, en lugar de preservarlo.



No digo nada más: no hagáis hijos.

Me guardaré muy bien de aconsejaros el que os privéis de la alegría de deleitaros en un pequeño ser que adoréis. Pero si os digo: no le deis la vida que cuando os venga bien de tenerlo, contando que no querréis, que no deseareis ser padre o madre, más que cuando juzguéis que es tiempo propicio para serlo y sobre todo, contando con que tendréis la prudencia de no quererlo hasta que estéis en situación de dar a ese hijo una constitución robusta y fuerte, de hacerlo físicamente un ser sano y vigoroso y cuando, por otra parte, económicamente, tengáis la casi certitud de poder dar a este pequeño ser que amaréis tanto más cuanto que con ansia lo habréis deseado y que voluntariamente lo habréis procreado, el desarrollo intelectual y moral al cual tiene derecho.

Lo que deseamos es llamar la atención de todos, hombres y mujeres, sobre la gravedad de este acto de procreación.

¡Pues, qué! Señoras, cuando se trata de comprar tela para hacernos un vestido, vaciláis, comparáis minuciosamente telas diferentes, os informáis del precio, os preguntáis qué uso podréis hacer de él: cuando, por ejemplo, queréis mudar de habitación a instalaros en alguna parte, vais a visitar varias casas y miráis dos, tres o cuatro habitaciones, examináis cuidadosamente qué ventajas reúne ésta, qué inconvenientes tiene aquélla. Hacéis esas comprobaciones, esas comparaciones, por cosas aún más banales, mucho menos útiles que ésta, pues son aún cosas y actos de cierta importancia. Si yo deseara escudriñar la práctica de la vida corrientes, hallaría que pensáis que es útil de hacer el balance de los beneficios y de los inconvenientes de futilidades a las cuales os gusta concederles alguna importancia.

¿Y sería al azar, sin quererlo, sin haberlo reflexionado como si fuese una acción indiferente, que tendríais la imprudencia de llamar un ser a la vida, que cometeríais esta falta de previsión que constituiría un crimen?

Este hijo no deseado, que llega al mundo cuando no fué esperado, y se pregunta desde el primer día hasta el último si llegará a nacer, con la secreta esperanza, digámoslo bajito, de que no llegaría a ver la luz del día, y a causa de lo cual, en la angustia, se ha esperado el acontecimiento libertador que no ha surgido, este niño, es la inquietud constante del padre y de la madre, es un ser concebido en el odio en lugar de ser concebido en la ternura y el amor. Desolados los padres se preguntan qué harán, cómo lo mantendrán, cómo podrán educarlo, cuando los otros hijos van creciendo y esperan también su parte de alimento, flaca ración que será aún preciso escatimar.

Este hijo llega a ser entonces el manantial de las discordias familiares; están los padres descontentos de haberse engañado, culpándose mutuamente el uno al otro su falta, diciéndose que hay en ello una fatalidad dolorosa; mil discusiones interminables, conflictos ardientes, dramas trágicos, el padre abandona los hijos que considera una carga y los desecha como un fruto que su árbol no quiere sostener

pero esto tiene forzosamente un límite, ya que descansa sobre un medio de producción fatalmente limitado de sí mismo.

Además, los productos están aún restringidos por la mala organización social. Mientras que condena al obrero a la inacción y a la miseria, esta organización estúpida crea, al propio tiempo, una multitud de parásitos improductivos que su mayor habilidad consiste en no trabajar ellos y hacer trabajar a los demás. La producción está hecha en condiciones ridículas incoherentes. Existen territorios incultos y desiertos al lado de países cultivados en donde la densidad de población es excesiva.

Teniendo en cuenta lo que acabo de decir, se puede formular la ley de la población y de las subsistencias en la forma siguiente:

La población *tiene una tendencia constante* en acrecentarse más rápidamente que los medios de subsistencia, en sobrepujar siempre la suma de productos disponibles.

La comprobación de esta ley implica rigurosamente la necesidad de limitar el poder genésico de la especie humana.

Esta limitación existe de hecho. Pero, ¿de qué manera tiene lugar? Por los medios los más dolorosos, los más contrarios a la naturaleza; por los medios de represión. Estos medios son numerosos; se les puede clasificar en dos categorías: los dolorosos y los represivos. Aquí una simple enumeración, pues no es preciso insistir, ya que estos medios son bien conocidos de todos vosotros: el encarcelamiento—hay de 100 a 110.000 seres humanos que no pueden procrear, el acto del amor les está privado,—el celibato, el matrimonio o apareamiento tardío—muchachas sanas, robustas, bien constituidas, de 18, 19 y 20 años que podrían ser madres de familia de primer orden, están sin embargo, por ridículos prejuicios, por conveniencias ineptas, conservadas en estado de soltería,—la prostitución que arranca de la fecundidad maternal a desgraciadas mujeres que saben arreglarse para evitar el tener que lanzar al abandono del mundo pobres criaturas destinadas a la miseria y a la desgracia. Hay también esa castidad hipócrita que se halla en los conventos, o mejor dicho si no se la encuentra en la mayoría de los casos, existe algunas veces, que condena a una esterilidad voluntaria a un número considerable de hembras de todas edades cuyos flancos estarían destinados, sin esa absurdidad, a la fecunda cosecha de la maternidad.

Los medios represivos son quizás más numerosos aún: las catástrofes formidables, el hambre, las inundaciones, las epidemias, las enfermedades de todas clases que van diezmando poblaciones enteras, disminuyendo la tasación de la población. Hay también el aborto, el infanticidio—todas las cosas que tienen por objeto destruir la huela de un contacto que no debía tener consecuencias en el pensamiento de los que se lo procuraron, los crímenes, los homicidios, los asesinatos, las hecatombes, las descargas de metralla, las guerras, todas esas carnicerías humanas que llenan el suelo de todas las patrias particulares o políticas, cuando la tierra entera debería ser la Patria universal.



Mas es sobre todo a esta inagotable fuente: la miseria, que se alimenta con la desaparición de una multitud innumerable de personas, jóvenes, muchachas y niñas, que carecen de lo necesario, torturados por la anemia, roídos por las privaciones, asesinados por el frío y el hambre que se aposenta en el hogar.

—Tengo una querida muy temible, me dijo un día un joven amigo—apenas tenía 25 años—robusto, bien constituido y que yo veía decaer.—Tú estás enfermo, le dije. ¿Qué tienes? Te he conocido vigoroso, sufrido, lleno de energía y actividad.—Y me contestó: «No, no estoy enfermo, pero tengo una querida que me causa esta ansiedad que lees en mi semblante, que estraga mi salud, que destruye mi existencia, y veo bien que me será imposible el sustraerme a sus funestas caricias.

—Sepárate de ella, abandónala, haz un acto de energía.

—¡Oh me dijo, es una querida tenaz, que una vez que se ha apoderado de uno ya no lo suelta más. Es fea, es horrible, mas se ha hecho dueña de mí por completo.

—¿Y quién es ella?, pregunté.

—¡La miseria!, me contestó mi amigo.

Todos estos medios represivos, dolorosos, son detestables.

Y ahí está el secreto de la reprobación levantada contra las afirmaciones de Malthus y de su escuela.

¿Cómo queréis que el único placer que a los pobres les queda les sea arrebatado! ¿No veis que sobre el estercolero humano, el amor es la sola flor de la cual pueden aspirar el perfume? ¿No veis que esos hombres y esas mujeres que están penando doce y catorce horas diarias para ganar un salario de hambre, que en su hogar no reciben ni aire ni luz, no tienen más que un solo goce: el del amor? Aconsejándoles de abstenerse, recomendándoles el contacto carnal lo menos posible, haciéndoles una regla de abstenerse de todo contacto que diese por resultado la fecundidad, les privais del único placer que la sociedad les tolera, porque es impotente para privarla y porque es beneficioso para ella el de que estos desgraciados procreen un número considerable de criaturas.

¿Será preciso morir de amor? ¿Morir de amor para no morir de hambre?... No veo lo que ganaríamos con ello. Este consejo que consiste en decir: cesad de amar, no ameis si no queréis tener chiquillos, y es preciso no tenerlos; no hagáis lo que más tarde los puede producir, este medio es acaso es peor que el mal. Los malthusianos dan a escoger entre la muerte de amor o la muerte de hambre.

Nosotros no tenemos esta cruel ironía.

Sobre todo, la abstinencia es perturbadora del organismo; es un estado generador de enfermedades y de vicios.

Lo que no poco ha contribuido en hacer detestar a Malthus y sus teorías, es el horrible partido que de él han sacado los ricos, los poderosos, dando esta conclusión que a menudo repiten:

«No hay asiento en el banquete de la vida para todos los que nacen. En el banquete de la vida, no hay cubierto para el pobre; es

preciso que se marche. A falta de prudencia paternal, la naturaleza se encarga de devolver los pobres a la tierra, de anularlos.»

Estas palabras inflexibles son una de las causas por las cuales la ley de población ha levantado una indignación, un horror unánime entre las clases laboriosas. Este desprecio de la carne, este desprecio de la vida, resultado de que la vida no es siempre hermosa, deseada, esperada, de lo que en lugar de ser la alegría para la familia, el niño es a menudo un luto y desgracia, este desprecio de la maternidad de casualidad, este desprecio a las madres solteras, de las que llevan en su seno el fruto de sus amores, desprecio que es causa de que estas desgraciadas maten o intenten hacer desaparecer la prueba de su maternidad futura, maldición, reprobación hipócrita que persigue no sólo a la madre soltera, sino también a su hijo, es este desprecio que es causa de la indignación que demuestran los trabajadores contra Malthus y los que le siguen.

Señalaré de paso esta contradicción flagrante de la moral oficial que, por una parte, proclama la insuficiencia de los productos, que pretende que la miseria y el dolor existan fatalmente, inevitablemente, que afirma que ciertamente no hay bastante para todos y que, por otra parte—ved esta contradicción hipócrita que es el tipo de la disimulación y de la bribonada—aconseja a los que no tienen plato en el banquete de la vida a que llamen al mundo nuevos convidados que sin embargo encontrarán el plato tan vacío como el de los padres que los han procreado.

Esta hipocresía la reprobamos. Estos medios dolorosos y represivos los repudiamos y condenamos.

También nosotros tenemos que hacer algunas advertencias. Los que el problema de la población preocupa y apasiona, que piensan que es necesario, si se quiere ver pronto gozar de una era de paz y felicidad, de limitar voluntariamente el número de los nacimientos, esos no dicen nunca a nadie: privaos de amar. Estas palabras no se han pronunciado jamás y no saldrán tampoco de mis labios.

Es al contrario, bueno, moral, noble—puesto que es natural,—de dar la vida a criaturas; es tan noble, tan bueno, tan moral el procrear, como puede ser noble y bueno el dar a luz la obra maestra del pensamiento, de contemplar un hermoso espectáculo, de llevar al olfato el delicado perfume de una flor, de mirar con alegría una cara bonita, de consultar un libro que nos ilustre. Las más nobles manifestaciones del pensamiento, las más hermosas acciones de la voluntad no son superiores en honradez y en moralidad al acto de la procreación. No es en nombre de una moral que repudiamos, de una moral que no encierra en sí más que hipocresía, que decimos: no hagáis más criaturas.

Mas nos guardaríamos muy bien de decir que no hay que amar.

Al contrario, amad lo más y lo mejor posible. El amor, según decía nuestra estimada presidenta, no necesita de razones ni de excusas; no tiene tal fin determinado. El amor se basta a sí mismo, lleva en sí su objeto, su razón de ser, su justificación.



romana, hablando de los papas del décimo siglo, así se expresa para el año 912:

«¡Infelizmente! ¡más horrible que nunca era entonces la faz de la iglesia romana! ¡Las cortesanas más inmundas dominaban Roma! Y a su capricho se hacía la distribución de los arzobispados, se desplazaban a los obispos, y lo que es más horrible y duro aun para explicar, es que se introducía en la sede de Pedro, a sus amantes, falsos pontífices, que sólo deben figurar en el registro de los papas, para la cronología.»

En el siglo XIII, Guglielmo Durantis, obispo de Mende, escribía que en Roma las mujeres públicas habitaban cerca de las iglesias, en la vecindad del palacio del papa y de la mansión de los obispos y que los cortesanos del papa, las visitaban con asiduidad.

El jesuita Saverio Battinelli dice de la corte papal de Avignon: «Era un concurso de bellezas célebres que se ofrecían a la vista de todos, a menudo por dinero» (*Il Risorgimento italiano dopo in mille*, tomo II, pág. 85). Petrarca nos ha dejado un cuadro completo de la Babilonia avinonesa (*Epist. sine tit.*, 5, 8, 10, 11: libro XIII, *epist.* VII). Las anécdotas siguientes bastan para dar una idea:

«Un pequeño viejo septuagenario — Clemente VI — lascivo como un chivo, envía una noche a buscar una bella niña. Ella viene, creyendo que quien la pedía era un joven prelado, y es introducida en la habitación del papa... Cuando se da cuenta que en lugar de un joven esperándola, está un viejo lascivo y maloliente, lo mira indignada, y grita que ha sido engañada y nada quiere saber de dicho imbécil. El viejo pontífice lucha pero en vano! Al fin, se retira a una habitación contigua: reviste sus hábitos pontificales, posa sobre su cabeza la tiara, vestido así se presenta a la jovencita y le dice: «¿Te atreverías tú ahora a resistir al Soberano Pontífice?» Ella entonces cede.» Pero se podrían citar miles de aventuras de este género.

Girolamo Squarciafico, el más antiguo biógrafo de Petrarca, narra lo siguiente: «Cuando Benito XII reinaba en Avignon, Petrarca que entonces habitaba la ciudad pontifical, tenía una hermana llamada Selvaggia. Benito detuvo su mirada sobre esta niña de rara belleza y enseguida tuvo el deseo de poseerla. Había encontrado en los cofres de la Santa Sede inmensos tesoros, amontonados en el curso del precedente pontificado. Creyendo que todo debía ceder ante la potencia del oro, hizo llamar a Petrarca y le pidió los favores de su hermana Selvaggia, prometiéndole en recompensa el cardenalato. El célebre poeta se negó indignado al ignoble mercado y respondió que no aceptaría la púrpura romana al precio de tal infamia, pero que la rechazaba como una ofensa.

«Benito XII, irritado, puso todo en movimiento para denunciar a Petrarca como herético a los inquisidores. Pero el poeta, previendo que el obscuro pontífice lo habría hecho condenar a muerte, huyó rápidamente de Avignon. Sin embargo, antes de partir, recomendó a su hermano Gerardo de velar con el mayor cuidado por su querida hermana Selvaggia. Pero el miserable Gerardo, menos escrupuloso que su hermano, no pudo quedarse insensible a las grandes riquezas ofrecidas por el Santo Padre y le entregó a Selvaggia. Una noche, durante su sueño, fué transportada al lecho del pontífice: tenía apenas dieciséis años... Las lágrimas, los suspiros de la

muy bella virgen sólo tuvieron por resultado excitar más la pasión del lúbrico viejo.

«Selvaggia imploró su piedad, se lanzó a sus pies, pero en vano. Cuando la imaginación de este horrible sátiro se hartó del emocionante espectáculo, se abalanzó sobre la virgen y sofocó sus gritos con los babosos besos de su boca sacrílega.»

Lo que fué la corte pontifical y lo que fueron las cortes de los altos dignatarios eclesiásticos, las crónicas de los Concilios lo enseñan. El de Constanza hizo venir a la ciudad a 450 cortesanas siguiendo a los prelados, como lo narra un contemporáneo (J.-L. Nider, *De maleficiis*, cap. IX). El Papa Inocencio IV fué a Lyon con toda su corte, en donde tuvo un concilio general (1215). El historiador Mateo. Pariggi, fraile benedictino, narra que el papa antes de dejar la ciudad, encargó al cardenal que agradeciera a la población de la acogida que le había dispensado, como también a su corte. El cardenal, después de haber reunido a los personajes de la ciudad, les hizo un discurso en el que entre otras cosas dijo: «Queridos amigos, entre las numerosas ventajas que vuestra ciudad ha recibido durante nuestra corte pontifical, no debemos olvidar el progreso de las buenas costumbres y la moralidad pública. Cuando llegamos aquí, sólo había dos o tres casas habitadas por mujeres de mala vida; ahora dejamos una sola: la que se extiende de la puerta occidental a la puerta oriental.»

La Roma pontifical era un vasto prostíbulo. Un viajero que la visitó en el siglo XVII escribía: «Roma, vergonzosamente privada de navegación y de tráfico, sería la ciudad más miserable de Italia sin la triple gusanería del clero, los judíos y las cortesanas, que forman el conjunto de su población.»

Al fin del siglo XVIII, según una estadística acertada, había en Roma 6.800 prostitutas, y en esta época, la ciudad no tenía aún 100.000 habitantes.

#### IV. — LOS PROSTIBULOS PONTIFICALES

Luego de lo que hemos recordado sobre las costumbres de la corte pontifical, nada debe asombrar si aseveramos que los papas fundaron casas de tolerancia.

Cornelio Agrippa de Nettesheim, en su libro *De incertitudine et vanitate scientie* (Lyon, 1564, cap. 64: *De la lujuria*) afirma que el papa Sixto IV (1471-1484), fundó en Roma tres lupanares, en donde las cortesanas, obligadas a pagarle cada semana un julio de oro, le hacían una ganancia anual de veinte mil ducados. El mismo autor asegura que el papa daba estos lupanares a los frailes, como beneficios, y que oyó hablar de un prelado romano detentor de dos beneficios, de una curia de 20 ducados, de un priorato de 40 ducados y de tres prostibulos en bordel, que cada semana le daban 20 julos de ganancia.

Sixto IV fué posiblemente el solo papa proxeneta. Pero otros soberanos pontificios reglamentaron la prostitución, sacando de ella beneficios para la iglesia y para ellos. Como Benito IX, que dió el monopolio de la prostitución a una de sus penitentas, de la que había sido el confesor.

Por el breviario *Honestate*, Benito IX concedió a esta dama el derecho de reunir bajo un mismo techo a jovencitas sanas, pero ya dadas al vicio.

La directora estaba obligada de hacer oír la misa cada mañana a sus pensionistas. La misa debía ser



hecha por un cura viejo, un poco antes del alba en la iglesia de Santa María.

Las pensionistas de la favorita de Benito IX estaban obligadas, si salían por las calles, a vestirse de negro y llevar un velo que disimulara su apariencia. En la casa de tolerancia, podían vestirse a su gusto, pero con vestidos bien ajustados y abotonados. En una habitación del entresuelo, la directora podía ofrecer a los clientes varias pensionistas a la vez, pero su presencia era indispensable, para que no se faltasen a las leyes de la honestidad.

Cada visitante sólo podía escoger una mujer por vez. Las habitaciones debían estar cerradas herméticamente, de manera que ningún ruido se oyese desde afuera y que las voces no llegasen hasta los transeúntes y a los habitantes de las casas cercanas. El mismo individuo podía presentarse dos veces el mismo día, pero para aislarse con la misma mujer. Los clérigos, los prelados y los «monsignori» sólo podían ser recibidos provistos de una Indulgencia.

La casa estaba repartida en tres clases y la tarifa era proporcional al confort de la habitación, a la edad de la mujer, y al grado de dignidad del santo del día.

En las grandes solemnidades, las tarifas debían ser aumentadas en proporciones extraordinarias. Durante la semana santa, la casa debía permanecer cerrada con su fachada festonada en duelo. La lista de los visitantes debía ser rigurosamente conservada. Uno de los médicos del papa, debía asegurarse de la salud de las mujeres «con decencia, pero con exactitud». No podía haber allí mujer que fuese «hermana de cardenal».

La iglesia sacaba beneficios de esta casa.

El reglamento *Acta Benedicti IX*, 327, núm. 21) se acompañaba con una tarifa que, desgraciadamente, se ha omitido en la colección de las actas pontificales. El último párrafo nos dice que la mujer, después de haber pagado sus gastos, debía dar un tercio de su ganancia al mayordomo de su Santidad, mientras que el resto pasaba a la directora «en recompensa de su trabajo».

El papa Julio II entregó a las prostitutas un barrio especial de Roma (Bula del 10 de enero de 1510).

León X publicó tres reglamentos en vistas de salvaguardar la decencia exterior y el buen orden en la... cofradía de las prostitutas romanas.

Enfin, Clemente VII se ocupó de la cuestión del testamento de las prostitutas. Las puso en la obligación de legar la mitad de sus bienes al convento de Santa María de la Penitencia.

Para sustraerse a esta donación obligatoria, las cortesanas colocaron sus economías en una especie de banco. Pero Clemente descubrió el subterfugio y lanzó la excomulgación contra los que consentían en ello.

El mariscal de Roma, encargado de la policía urbana, encajaba el alquiler de las casas de placer. ¡Y eso duró hasta 1870!

En 1556, el duque de Guisa, que había entrado en Roma con el ejército francés, hizo colgar a ese mariscal, porque sus subalternos entretenían a sus soldados «en malos lugares, nefastos para la salud».

En la mitad del siglo XVI, el papado corrió el riesgo de perder el monopolio de la prostitución. Jovenzuelos de la nobleza romana, conducían a sus propias mansiones, a las chicas de las casas públicas. Entonces in-

tervino el papa, estableciendo que el que sacara a una chica de una casa pública sería castigado: «por la amputación de la mano derecha, o por el exilio, según la calidad del culpable.» (*Statuts et nouvelles réformes de la ville de Rome*, 1558, XXII.)

La prostitución romana escoltó a la corte pontifical hasta Avignon, pero las chicas traídas de Roma fueron expulsadas en parte. Se cerraron las casas públicas, y se albergó a las mujeres en apartamentos particulares. Cuando se retornó a Roma, los papas restauraron los antiguos métodos.

Los lupanares autorizados por los Breviarios y las Indulgencias se multiplicaron. En el siglo XVII, se contaban veintidós. El más elegante era reservado «a los nobles extranjeros y a los miembros del cuerpo diplomático». Esta casa era análoga a las modernas casas de «rendez-vous». Era visitada por chicas de la pequeña burguesía y sobre todo de la burocracia pontifical. Se encargaba a las más astutas hacer «hablar» al cliente diplomata o registrar sus bolsillos. El 27 de enero de 1779, el secretario de la embajada de Francia fué despojado de cuanta correspondencia tenía, referente a las cartas cambiadas entre el arzobispo de París y el embajador del rey. La Santa Sede tuvo la audacia de utilizar esta correspondencia. Se produjo el escándalo. El papa debió restituir la correspondencia y dar excusas.

## V. — LA REGLAMENTACION

Si los papas organizaron la prostitución con un fin eminentemente fiscal, los concilios y los arzobispos la reglamentaron de acuerdo con la autoridad civil, contribuyendo a crear así el régimen de las casas de prostitución, que domina aún en los países católicos. Por ejemplo, en el arzobispado de Saint-Charles Borromée, el concilio de Milán introdujo en las constituciones de la diócesis (*Intorno alle meretrici*, C. 565) el capítulo siguiente referente a las cortesanas: «Para que las cortesanas se distingan netamente de las mujeres honradas, deberán velar los obispos de que cuando éstas se presenten en público, lleven un vestido que indique enseguida la condición despreciable en que viven. En lo que concierne a las extranjeras, se les debe prohibir el recorrer durante la noche los lugares concurridos o detenerse en las posadas a menos que su itinerario a ello no las obligue; aclarando que en este último caso no podrán detenerse más de un día. Los obispos, en cada ciudad deberán encontrar para esas mujeres impuras, un asilo situado a respetable distancia de la catedral y de los lugares concurridos. En este asilo solamente, se les permitirá habitar todas juntas, con la reserva sin embargo, de que si las mujeres de que se trata se fueran a vivir a otro local que no fuera éste, y estuviesen más de un día en alguna casa de la ciudad, no importa cual sea la razón, deben ser severamente castigadas y al mismo tiempo, el castigo se hará extensivo a los inquilinos y a los propietarios de los establecimientos en donde se cobijaron temporalmente. Esta medida de policía se confía a la piedad esclarecida de los príncipes y de los magistrados.

«Y nos dirigimos también a estos últimos para que hagan cuanto puedan por prohibir a las mujeres de mala vida el uso de las piedras preciosas, el oro, la plata, los vestidos de seda y, les pedimos que redoblen sus esfuerzos para expulsar a todos los depravados particulares que ejercen el oficio de proxenetas, a fin de



que sólo las mujeres de edad sean toleradas en el país.»

La Iglesia, pues, no combatió nunca seriamente a la prostitución, pero cuando no la organizó, se limitó a disciplinarla. Se podría citar el ejemplo de las severas represiones ejercidas por la Iglesia contra la prostitución, pero tan excesivas y absurdas que los efectos fueron perjudiciales e insignificantes.

El rigorismo de Sixto V (1535-1590), que edictó una infinidad de bulas y de decretos contra la prostitución, con amenazas de penas que iban desde la hoguera hasta la ablación de las orejas y de la nariz, como así hasta las galeras o la pena de muerte, no arruinó sin embargo la prostitución de la Roma pontifical. La miseria de la población, el parasitismo — características de la ciudad —, y más aún, la presencia de una enorme cantidad de sacerdotes y de frailes, la mantuvieron.

## VI. — RELIGION Y PROSTITUCION

Ocurre lo mismo con la prostitución que con el crimen. Es la pobreza la que la mayor parte de las veces origina este fenómeno. La Iglesia, además, nunca encaró seriamente este problema de la prostitución, porque nunca trató seriamente la cuestión social.

La mejor prueba de que la Iglesia permite la prostitución es la de que casi todas las prostitutas son devotas. José de Maistre ha dicho: «Cada prostituta tiene su crucifijo» (*Chaque fille de joie a son chepelet*). Todos los que se han ocupado de la prostitución en Italia y en España han constatado que las prostitutas de esos dos países son casi todas católicas practicantes. El mismo hecho ha sido notado por cuantos estudian la prostitución en los países anglosajones.

«Las prostitutas de Edimburgo — dice el Dr. Grandier-Morel —, pertenecen casi todas a la secta de los metodistas, conocida por lo piadosa y austera. Algunas pertenecen a la Iglesia escocesa, a la Secesión Unida o a la Iglesia de la Caridad

»Pero en Irlanda casi todas las prostitutas pertenecen al catolicismo romano. El ex-cirujano de Lock-Hospital afirma, por otra parte, que sólo conoció a una judía prostituyéndose en Edimburgo, y aun esta joven privada de sus padres desde la más tierna infancia, había sido educada en el seno de una familia católica. En sus estudios sobre el problema, asevera no haber encontrado a ninguna mujer cuáquera, baptista o de la secta de los Independientes».

Si hemos de creer al reportaje *Un mois chez les filles* (Un mes entre las prostitutas) de Maryse Choisy, las prostitutas francesas van a la iglesia y leen *La Croix* (La Cruz).

J. Roberti en su libro *Maisons de Société* (París 1927) nos presenta a la *mère Louise*, devota católica: «Por la primera vez oí pronunciar su nombre, allá en la primavera de 1919, en una librería de la calle San Sulpicio.

—Tenga, señora Luisa, decía el librero, un libro consagrado a vuestra santa predilecta, Santa Filomena.

Yo miré a la adoradora de esta virgen y mártir. Era una matrona redonda como un tonel y cuya cara rosada emergía de un corsé de verde seda, cual un enorme tomate en las alturas de una tomatera. Dos chicas delgadas, maquilladas, con puntiagudos sombreros, y que se reían por lo bajo, flanqueaban, como dos pimenteras, aquel bastión de grasa.

Doña Luisa se apoderó del libro, ávidamente. Yo la

seguí por la calle, husmeando algún misterio curioso, y la alcancé hablándole con educación. Le dije, que en otros tiempos, también había sido yo devoto de Santa Filomena. Ella juntó las manos de gruesos dedos, en donde las sortijas, hundidas a la fuerza, desaparecían entre las protuberancias grasosas.

—Veo, me respondió, que es usted un joven muy educado. Venga con nosotras a tomar un vaso de vino (*à prendre un verre avec nous*).

Su lengua, carnosa y gruesa, se revolvía con dificultad en su boca, se enganchaba en los dientes como un harapo y un poco de saliva pendía de la comisura de sus labios. Pero allá en el fondo de sus ojos había una pequeña llama, mística lucecita de una veladora de claustro, o reflejo danzante de un tazón de leche.

Algunos instantes después, en la terraza de un café, vi que estaba borracha. El alcohol recalentaba su fe. Balbuceando, me confió que tenía una «casa» en Orléans, calle de los Judíos.

—Pero yo tengo «creyencia», yo siempre he tenido «creyencia», jovencito.

—La admiro, doña Luisa, por haber conservado intacta la piedad de su infancia: ¡Tantas colegas suyas viven ya sin creer en nada!

Estaba doña Luisa en la luna, como quien dice, y en su éxtasis, babeaba su corsé de seda. Las chicas se reían por lo bajo ante la escena. Furiosa, las reprendió:

—¡Desvergonzadas! Dos cochinas, querido señor, dos cochinas, que acabo de sacar del arroyo. ¡Serán por el diablo para siempre perseguidas!

Los consumidores, sentados cerca de nosotros, la observaban. Me levanté para despedirme, pero doña Luisa protestó:

—No, jovencito, usted va a acompañarnos en coche hasta Austerlitz. Y después no se olvide de venir a verme a Orléans, calle de los Judíos Verá, verá, jovencito, no es una casa cualquiera, y yo le recibiré bien porque usted tiene ¡como yo! «creyencia». Usted tiene «creyencia»...

Quince días después de esta entrevista, fui, en efecto, a Orléans e hice una visita a doña Luisa. En la calle de los Judíos, ghetto de las prostitutas, su casa pintada de rosa se adornaba, en el dintel de una puerta con gruesos clavos de hierro, con un enorme número en relieve.

Doña Luisa me reconoció al abrir la puerta y hacia mí vino rodando con los brazos abiertos.

—¡Hijo mío! ¡Usted, al fin! balbuceó... Santa Filomena os envía!

Doña Luisa, lámpara en mano, me hizo subir una pequeña escalera en caracol, de pétreos y rotos peldaños, haciéndome subir hasta su habitación.

—Los clientes y las mujeres, no entran aquí nunca, me dijo. ¡Es mi santuario! Fielmente, narro lo que vi: por encima de una cama de hierro, dos crucifijos; clavados con gruesas barras de hierro en el muro, pendían en guirnalda sobre una cómoda de nogal, unas veinte estatuitas religiosas. Y un poco más grande que ellas, Jesús, con las dos manos en su corazón ensangrentado, emergía del grupo. Allí estaban San Antonio y San Miguel, con San Pedro y San Jorge venciendo al dragón del Mal, Santa Filomena rezaba y Santa Blandina enseñaba sus martirizados senos. En cuanto a la representación local, allí estaba la efigie de Monseñor Dupanloup, con su merecido lugar en la celeste falange.



Doña Luisa me enseñó un capuchino, armado con un crucifijo y a sus pies una cabeza decapitada.

—Es San Gerardo de Magella, me dijo. Este santo, jovencito, hizo grandes milagros.

Cerca de la cómoda, una virgen María, embadurnada de azul, estaba en una capillita, en medio de otra guirnalda de lilas y margaritas que se marchitaban en sus floreros fileteados de dorado.

Y doña Luisa, me aseguró:

—Yo, hijo mío, hago mi mes de María...

«Me hizo admirar su santuario.

—Este santo, lo traje de Marsella, el año último, de Nuestra Señora de la Guardia. Subí a pie hasta el calvario. Fué una ruda prueba...

—¡Fué un verdadero peregrinaje, Doña Luisa!

—Sí, y dije a la Santa Virgen: «Virgencita, mientras estoy ausente de mi casa, no os pido el hacer grandes ganancias. Os suplico solamente que allí no haya batallas». Y la Virgencita me hizo caso. Hubo riñas en las otras casas de mis colegas, la policía fué a donde don León, pero aquí todo estuvo en calma... También hubiera querido traer crucifijos para mis mujeres, pero pensé que estas desvergonzadas tal vez se divirtieran con ellos junto con los clientes. Por eso les compré a cada una una pequeña pluma de veinte francos, pero sabe usted, una de esas plumitas que mirando por el agujerito se ve a Nuestra Señora de la Guardia...

«Las campanadas del Angelus, que los campanarios vecinos desengranaban por los tejados, redoblan su piedad. A Dios y a Santa Filomena, pedía el salvar su alma y el hacer prosperar su casa. En el pequeño balcón de madera, las velas prendidas recortaban las sombras obscenas como si fueran estampas japonesas, y las blasfemias de los hombres y los gritos de las chicas, alternativamente, atravesaban las letanías de doña Luisa.

Era la madrina de todos los muchachitos del barrio y, el viernes, si el médico no había enviado al hospital a ninguna de las mujeres, un viejo cochero de raído y verduoso gabán, la izaba en un carcomido fiacre y la conducía a la iglesia de Saint-Paul, donde hacía quemar un cirio a los pies de la Virgen Negra».

## VII. — EL PARASITISMO ECLESIASTICO

Esta devota propietaria de prostíbulo debía sin duda tener su confesor. ¡Cómo podía aceptar este último tal devoción católica junto a ganancias deshonestas! No podemos saberlo. Pero podemos imaginar que exhortaba a la devota penitente, para que entregase a la Iglesia las ganancias de su oficio. El sacerdote persigue a las Magdalenas.

En *Correspondance documentaire chez les Pères* (Paris, tercera edición), puede leerse a este respecto, algunas muy significativas cartas. He aquí una de ellas dirigida de un cura a otro:

«Probablemente uno de estos días recibiréis la visita de una mujer de 30 a 40 años, alta, rubia, de finas formas, un poco opulenta de carne, pero de seductor conjunto. Se trata de la señorita J... una medio mundana (*demi-mondaine*) de estos parajes. Soy yo quien os la envía. Recibidla bien y si no os dice como se llama, no insistáis y sobre todo que no se os note que la conocéis. He aquí su historia:

«Esta señorita J... era de Saint-Gervais y allí estaba cuando ocurrió la terrible catástrofe. Despertó sobresaltada al notar el ruido de la inundación y del derrumbe; corrió en camisa por el tejado de donde pronto regresó envuelta en oleaje furioso. Todo crujía en su torno y el hotel se desploma. En tal momento se recordó de lo bueno que había aprendido en su infancia honrada y ha sido cristianamente educada; así es que prometió e hizo voto, si escapaba de la tragedia, de dar a los pobres y a las buenas obras, cuanto había adquirido deshonestamente. De hecho, pasó la tromba y más muerta que viva pudo salvarse, pero sin un rasguño. El hotel donde habitaba, fué una de las casas más derruidas.

«Quedaba en pie lo prometido en aquel momento trágico. Temió ser castigada por la venganza divina si no lo realizaba; pero si entregaba todo su haber ¿qué sería de ella?... Posee más de 600.000 francos en títulos bien sólidos y en espléndidos muebles. En tales perplejidades, inclinándose cada día hacia la ingratitud, estaba cuando me conoció. Parece que mi venerable barba le ha inspirado confianza. Me ha contado su caso. Ha pedido un día para reflexionar, aunque su caso me haya parecido de los más simples. Al día siguiente le di por escrito la siguiente resolución: «Me parece que rigurosamente usted no debe nada, porque vuestra promesa, en aquel momento, carecía de libertad y de reflexión; es pues nulo vuestro acto en estado de conciencia. Creo además que sería imprudente despojaros de toda vuestra fortuna o de la mayor parte de ella. Habituada al lujo, no os podríais contentar con una existencia modesta y volveríais a las andadas. No hay que hacer eso de ningún modo, y tened cuidado en exponeros a tentaciones con las que sucumbiríais sin remedio. Si entrarais en un convento, muy bien; pero carecéis de vocación religiosa. La cosa está clara. Sin embargo, como la Santa Virgen os ha protegido casi milagrosamente, tal vez debido a los rezos de vuestros padres, de vuestra piadosa infancia y de vuestra primera comunión, es recomendable que mostréis vuestro agradecimiento. Os aconsejo en dar una pequeña parte de lo que poseéis. ¿Cuánto? Es difícil precisar; pero yo estimo que Dios estará contento con una limosna de 25.000 o 50.000 francos. No hay que pasar más allá de esta última cifra, al menos por ahora. Y debe entenderse que esto es una grave conveniencia más bien que un estricto deber.»

La señorita J... se ha quedado muy contenta con esta decisión que parece arreglarlo todo. Quería dar hasta 100.000 francos, pero no lo he permitido. En su apresuramiento, hablaba de confiarme esta limosna para que hiciera yo mismo el mejor de los usos. Me negué a ello. Y le hablé de las misiones en China.

«—¡Muy bien! me dijo, yo quería mucho, cuando era pequeña a la Santa Infancia y a la Propagación de la Fe, y de todo corazón les daba los pocos centavos que tenía. ¿A quién debo dirigirme?

«Vuestro nombre era el indicado. Tomad sin escrúpulos todo cuanto se os dé.

«He aquí, Reverendo y bien querido Padre, lo que tenía que deciros. Se me olvidaba añadir que la señorita J... me ha entregado ya un billete de mil francos y que ha encargado para mi misión un cáliz de igual precio. Desea que las joyas que llevaba en aquella memorable noche, estén también con el cáliz, pues se hubiera sentido triste si yo me negaba a ello.»

Y he aquí otra carta no menos significativa:



«En una pequeña localidad se encuentra doña M..., en toda la región conocida y de quien los diarios han hablado no hace mucho. Encabezaba una fortuna estimada en cinco o seis millones, y esta fortuna se triplicaría si doña M... ganase un gran proceso que enérgicamente sigue. No estoy muy seguro si sabe o no leer y escribir. De extracción muy baja, ha seguido siendo de una vulgaridad de pensamiento y de carácter que avergüenza. Grosería que hállese en contraste con el lujo que la rodea.

«¿Cómo semejante criatura ha podido amontonar sus millones? Por la prostitución. Palabra que resume su vida. Después de haberse revolcado varios años por los más sucios bajos fondos, ha encontrado a varios imbéciles que la han mantenido a cuerpo de rey. No sólo le entregaban mucho dinero sucesivamente, sino simultáneamente. Uno de estos imbéciles, ya viejo, se casó con ella; y cuando murió, que no tardó mucho, la dejó heredera universal de todos sus bienes, encargándola en hacer ciertas raras donaciones, que son la base del proceso de que os hablaba.

«Esta viuda es un adefesio ahora. A causa de enfermedades provocadas por su mala vida, ha tenido varias operaciones que han destruido en ella a la mujer, aunque la edad de ello se había encargado ya. Pero, a pesar de todo esto, conserva aún para numerosos imbéciles alguna belleza, la belleza del diablo que dicen los labriegos, y no piensa en convertirse a nuestra causa. Vive ahora con un jovencuelo que tiene cuarenta años menos que ella, y habla de casarse con él.

«Para estar mejor cuidada, y no sé por qué manía, doña M... pidió y obtuvo una monja de cabecera. Esta pobre muchacha está bien cuidada, pero no os podéis imaginar lo que está condenada a ver y a oír. Se ignora, en ese medio, las más elementales nociones de respeto que se debe uno a sí mismo y a los otros. Me ha contado algunos cínicos ejemplos en los actos, los gestos y las palabras de esos forajidos; es repugnante y escandaloso. La vieja no parece darse cuenta de tal indecencia.

«La religiosa ha advertido varias veces a su superiora de dicha situación, al menos de lo más grueso; le han dicho que tenga paciencia; que posiblemente podría conducir a su enferma a un buen fin, etc... No creo hacer un juicio temerario pensando que la superiora ve sobre todo los gruesos honorarios en el presente, y algún legado para el porvenir. La vieja no tiene parientes; tendrá, pues, que dejar por supuesto sus millones a alguien. La monja ha tomado su decisión; posiblemente haya puesto en la balanza el bienestar material en que le toca vivir y la fastidiosa parsimonia del convento. Eso le atañe a ella, desde luego.

«Doña M... puede morir de un día a otro, ella no lo ignora y está pensando en testamentar. Habla confidencialmente con la monja, a la que quiere a su manera. Esta le aconsejaba el otro día de dar mucho dinero para las buenas obras, puesto que no tenía a nadie en el mundo. La proposición fué acogida con una seriedad y benevolencia que ni la misma religiosa se esperaba. La millonaria le dijo que ella también tenía «religion», que su madre había sido devota, que cuando era pequeña rezaba juntando las manos y que siempre se acordaba con alegría del día en que hizo la primera comunión. Siempre guardó religiosamente el Vierens Santo y siempre en Pascuas fué a misa.

«¿Superstición o religión? Las dos son puestas en el mismo nivel y difíciles de discernir. Pero algo es algo. En verdad, dice la monja, que siempre vivió más bien como bruta que como impía, y a pesar de su riqueza no opone resistencia al confesar que es una bien triste criatura. La palabra que emplea ahora es bien clara. No quiere morir como «una bestia» (*comme une bête*). Este gran y buen sentido, como así esta especie de humildad, dan esperanzas. Lo que ha asombrado sobre todo a doña M... es el ejemplo de la condesa de R..., que ha dado cien mil francos para construir una casa religiosa.

«—¿Por qué no haría usted lo mismo, le decía ha poco la religiosa.

«—No digo que no, puedo dar el doble o el triple sin hacer daño a nadie, y mis herederos encontrarán aún su buena bolsa de dinero. A nobles he conocido que no valían lo que yo. No digo que no.

«Y la pobre vieja preguntaba, qué es lo que podría ella hacer.

«En estas explicaciones la religiosa le ha hablado de China, de los misioneros, (de la Santa Infancia. No habiendo podido tener nunca hijos, se sentiría contenta si en el hospicio de la Santa Infancia hubiese algunas niñas que llevasen su nombre. Ella ha oído hablar vagamente de P. C..., de Rouen, al que vería de muy buena gana. Todo bien pensado, no debe haber obstáculos a esta demanda, que puede tener para nosotros fructíferos resultados. Hay que hacerse a todo y a todos. Una vez convertida esta pecadora, puede ayudar a la conversión de muchas otras, con piadosas fundaciones. Lo que sería algo ganado sobre el enemigo, es decir, sobre el diablo.

«La monja con la cual he hablado bastante sobre el caso, sin decirle todo mi pensamiento, se pondría a nuestra disposición para esta conquista. Lo que no le impediría, desde luego, lograr sus objetivos y los del convento, si tiene un poco de magín en la cabeza, pues está pasablemente bien plantada, es decir que no es fea.

«He creído un deber escribiros esto, como es de costumbre, para que decidáis lo más conveniente. Si os agrada encargarme de este asunto, a vuestras órdenes estoy, y con la gracia de Dios, espero triunfar de lleno.»

### CONCLUSIONES

Hemos visto que la Iglesia con sus más grandes teólogos, entre los cuales Santo Tomás, considera a la prostitución como un mal necesario para evitar una peor corrupción. Los casuistas la han considerado como cosa lícita, hablando de la imposibilidad de colocarla en el derecho civil. Papas que se han hecho proxenetas, concilios y arzobispos que han instituido el sistema de la prostitución bien controlado. El celibato eclesiástico ha alimentado la prostitución durante siglos y siglos, alimentando sus ganancias con las Magdalenas arrepentidas.

Quedaría por examinar cómo y cuándo las hipocresías y las torturas del moralismo religioso han contribuido y contribuyen al mantenimiento de la prostitución, pero este examen demanda ser tratado con más amplitud y será lo que haremos en próximo estudio.

Camilo BERNERI

(Versión castellana de Vladimir Muñoz.)



## EL INFORME KRUTCHEV

# EL PACTO NAZI-SOVIETICO



ESTA tesis es más que evidente. En tanto que Alemania se rearmaba, Rusia se desorganizaba. «Esta política, dice Krutchev, de vasta represión contra los cuadros militares, tuvo igualmente por resultado minar la disciplina militar, puesto que, durante muchos años, habíamos enseñado a los oficiales de todos grados y mismo a los soldados, en el partido y las células de las juventudes comunistas a «desenmascarar» sus superiores en tanto que enemigos ocultos. Es natural que esto haya tenido una influencia negativa sobre el estado de la disciplina militar en el primer periodo de la guerra».

No obstante, los designios de Hitler no podían ser más patentes. La invasión de Austria y parte de Checoslovaquia no dejaban lugar al equívoco. Alemania se preparaba para la guerra. Y ello fué, sin duda, lo que debió poner en guardia a Stalin. Es muy posible que la liquidación y masacre desencadenadas, a más de los motivos personales reseñados, fueran las bases fundamentales de su entente con el nazismo el 23 de agosto de 1939. Su intervención en España puede que lo convenciera de la imposibilidad de desgastar el poder hitleriano en un conflicto armado. La proverbial cobardía de todo dictador se hizo patente en esta ocasión.

La masacre soviética era un evidente signo de buena amistad. Hitler y Stalin se hallaban identificados más que ningún otro gobernante. Ambos operaban hacia una misma finalidad. Las diferencias dialécticas, apreciadas a veces, eran solo una medida demagógica, que no repercutía sobre las esencias de ambos regímenes, ni sobre la identidad o equivalencia de sus métodos. Sólo dos líneas paralelas pueden representar fielmente el gráfico de sus trayectorias. Lo demás son sólo especulaciones teóricas, sin ningún fundamento ni valor real.

La política de Stalin entre 1934-39 lo fué simplemente de doble juego. De una parte trataba de formar una alianza defensiva con Inglaterra y Francia frente a Alemania. Y de otra, siguiendo su conocida táctica, trataba de aliarse con esta última, en la expectativa de que su tentativa con las primeras resultara un fracaso. Su posición era delicada y al mismo tiempo ventajista, pues, le deparaba la oportunidad de poderse decidir en un momento dado hacia la parte que más favoreciera sus intereses. De ahí su insistencia en enfrentar a unos y otros, manteniéndose como en el caso de España «fuera del fuego de la artillería».

La responsabilidad de Stalin en el desencadenamiento del segundo conflicto mundial es innegable. En el XVIII Congreso del partido, marzo de 1939, el flamante dictador

libre ya de toda oposición, descubrió la verdadera faz de sus designios. Todos sus contrincantes habían sido masacrados bajo la imputación de las más diversas acusaciones. Finalmente, todos fueron englobados en el de espías al servicio de la Gestapo e intento de implantar un régimen aliado a Hitler.

Sin embargo, esta causa que había determinado el fusilamiento o la deportación a los campos de concentración de Siberia o del Artico de millones de personas, iba a ser la política de su victimario. El 17 de abril de 1939, el embajador ruso en Berlín, Merekalov, visitó al secretario de Estado alemán, Weizsacker, con la excusa de informarse acerca de la ejecución de ciertos contratos de material de guerra por las fábricas Skoda. Durante la entrevista, Merekalov, se interesó, particularmente, acerca de la opinión que su interlocutor tenía de las relaciones ruso-germanas.

Ello dió lugar a un cambio de impresiones entre ambos. Weizsacker, tras congratularse del cambio de actitud de la prensa bolchevique respecto a Alemania, y hacer constancia de los conocidos deseos del gobierno nazi de establecer «relaciones comerciales satisfactorias con Rusia», hizo observar «que los rumores concernientes a un pacto franco-anglo-soviético y otros proyectos»... dificultaban el acuerdo. La respuesta del embajador ruso tendió a contrarrestar esta opinión, insistiendo en que los deseos bolcheviques eran mucho más amplios que los determinados por acuerdos comerciales, hecho que evidenciaba la buena voluntad bolchevique.

«La Rusia soviética, afirmó, no ha explotado contra Alemania el desacuerdo que existe hoy entre ella y las democracias occidentales... Rusia no ve ninguna razón de tener con Alemania relaciones normales, que podrían ir mejorándose sin cesar».

La sugerencia, por tanto, era de peso. Ella denotaba, al mismo tiempo, que los intereses rusos se identificaban con Alemania más que con ninguna otra potencia. Pero lo más curioso es que a la misma hora una proposición concluyente, de alianza tripartita, era hecha a Francia e Inglaterra. De esta forma, jugando con cartas marcadas, Stalin buscaba enfrentar el mundo, envenenar las relaciones internacionales, y esperar a última hora las ofertas de unos y otros antes de decidirse por el mejor postor.

Las negociaciones con Inglaterra eran efectuadas por Litvinov, en tanto que ministro de Asuntos Exteriores de la U.R.S.S. La prensa extranjera, siguiendo la inocente manía de seguir el rumbo de los destinos del país de los Soviets, con arreglo al lugar ocupado en las tribunas de honor en el curso de los desfiles de las personalidades del



régimen, hizo estado de causa del hecho de que éste se mostrara durante el primero de Mayo a la derecha de Stalin. Lo que no fué óbice para que dos días más tarde fuera destituido siendo reemplazado por Molotov.

La maniobra era una concesión de pronóstico tendente a influenciar la decisión de Hitler. El judío Litvinov era una dificultad en las relaciones entre los dos países, que fué descartado en el momento oportuno.

Seguidamente los contactos con Alemania se intensifican, en tanto las relaciones con Francia e Inglaterra van sufriendo el flujo y reflujo de la nueva orientación. El 20 de mayo, Molotov, recibe al embajador alemán, Schulenburg. La conversación emprendida por este último, hace estado de causa de las dificultades de realización, de las proposiciones de Mikoyan, en cuestión económica. La respuesta del primero no puede ser más concluyente: «El Gobierno soviético, no podría aceptar de reemprender las negociaciones hasta que «las bases políticas» requeridas a este efecto no hubieran sido creadas».

El juego de Moscú empezaba a precisarse. Pero, de todas formas, evitando comprometerse. Todos los esfuerzos e insistencia del embajador alemán, para hacer precisar y definir, lo que el representante ruso entendía por bases políticas, fueron nulos. La obstinación y tozudez de Molotov se encerró en esta declaración de principio, sin aclarar el alcance práctico de su propuesta. El Kremlin dejaba al interés del ontrincante, la función de adivinar el alcance de sus insinuaciones, y, por tanto, la responsabilidad de sus conclusiones.

Entretanto, las conversaciones con Francia e Inglaterra se proseguían de un modo similar. La posición de Rusia no cesaba de consolidarse. Tanto unos como otros cotizaban la amistad soviética con igual precisión y perseverancia.

A últimos de mayo, en vista del aumento de la tensión internacional, las democracias decididas a definir la posición bolchevique, toman una iniciativa radical: invitar a Mikoyan y Vorochilov. El contraataque alemán es fulminante. El 30 de mayo, Hitler decide abrir el debate en toda su amplitud y entablar relaciones con la U.R.S.S., inmediatamente. Las proposiciones efectuadas son, obediendo al desseo ruso, tanto de orden económico, como político. La oferta democrática es desdeñada ostentosamente.

Finalmente, Rusia había conducido a Alemania al terreno de su juego. Los aparentes designios rusos estaban cumplidos. Pero la sorpresa no puede ser mayor. Stalin, a última hora, vuelve a postergar toda clase de compromiso. Las medidas dilatorias vuelven a ser puestas en vigor. La esfinge se hace cada vez más impenetrable, dando lugar a la reacción alemana de suspender momentáneamente las conversaciones.

Medida que ni surte, ni puede tener efecto. El verdadero interés de Stalin no es el compromiso con una u otra parte, sino el de decidir a los contrincantes en pugna a saldar sus diferencias por vía armada. Rusia va obrando como un alcaloide que, lenta y de forma paulatina, va envenenando las relaciones internacionales.

El interés ruso es más que manifiesto. La tesis staliniana de «la revolución en un solo país», no es más que una medida demagógica. La realidad concluyente está ligada a la voluntad imperialista del régimen. Rusia intenta enfrenar al mundo, manteniéndose en árbitro del encuentro, para terminar decidiendo de los resultados finales, tras el

oportuno desgaste de las fuerzas en liza. La nueva orientación ha sido facilitada por las circunstancias de la actualidad internacional del momento.

Es por ello que el manifiesto sentido de las directrices rusas se encaminan al compromiso con Alemania, por ser la sola alternativa de permanecer al margen de la guerra. Su alianza con las democracias lo hubieran situado en la posición de beligerante y, en este caso, fuera del campo de acción conveniente. De todas formas debe de tenerse en cuenta que si esta actitud no fué comprendida en los países demócratas, ella era conocida de Hitler.

Lo que no fué óbice para que a fines de julio las negociaciones volvieran a reemprendéese. Alemania, aunque conociendo la trampa que se le tendía, estaba interesada en llevar a buen fin las mismas, al objeto de evitarse el cerco a que de otra forma se exponía en principio. Antes de lanzarse sobre la U.R.S.S., precisaba eliminar el peligro que las democracias suponían.

La primera noticia sobre la reapertura de las conversaciones, es de fecha 22 de julio. Toda la prensa soviética de dicha fecha, publicaba el siguiente comunicado: «Las negociaciones germano-soviéticas relativas al comercio y al crédito han reemprendido recientemente. Las negociaciones son dirigidas por Barbarin, representante comercial adjunto a Berlín, por el Comisariado al Comercio exterior, y por Schnurre por los alemanes».

Lo lacónico de la información parece querer insinuar el poco interés del Kremlin a la cuestión. Y, de otra parte, parece intentarse resaltar el interés alemán, dada la personalidad de su representante, que debía tratar con un muy inferior elemento en la escala jerárquica del campo diplomático.

Las primeras conversaciones iniciadas en Berlín son, pese a los términos del comunicado, más de orden político que económico. Los rusos estuvieron particularmente interesados en conocer y fijar cuáles eran los intereses alemanes en exigencias territoriales. E incluso de propio grado reconocieron «que Dantzig sería de todas formas devuelto al Reich y que la cuestión del «Pasillo» debería ser, de una forma u otra, resuelto en favor del Reich».

Las relaciones germano-soviéticas se reanudarían, según mutuo acuerdo, en tres etapas: primera, firma del tratado relativo al crédito y al comercio; segunda, normalización y mejoramiento de las relaciones políticas; tercera, delimitación de las esferas de influencias. Como puede comprenderse, era precisamente el último punto el considerado por los rusos cuando de «bases políticas» hacían cuestión. Dichas bases no tenían otro significado que el delimitado por las esferas en cuestión.

A partir de este momento, el idilio germano-soviético empieza a concretizarse. Particularmente, a raíz del 3 de agosto, tras la conferencia de Molotov y Schulenburg, no queda lugar a la duda. La decisión del Kremlin de revisar la actitud de la prensa, intercambio cultural, etc., con Alemania, es más que significativa. Máxime cuando Polonia es ofrecida, como carnada, a la voracidad soviética, por los alemanes.

En esta fecha, Stalin pone al descubierto sus verdaderos fines políticos. Las exigencias hitlerianas y sus provocaciones agresivas, tuvieron la virtud de sacar una buena parte de la opinión pública del marasmo de los últimos años. Los gobiernos democráticos empiezan a sentir la amenaza gravitar sobre sus cabezas. En esta tesitura la presión de éstas sobre el Kremlin, al objeto de arrancarle el compro-



miso de una declaración común, que probablemente hubiera apaciguada los desafueros belicistas de Hitler, fué un fracaso más.

El 12 de agosto, una misión militar de Francia y otra de Inglaterra, parten para Moscú. Y caso curioso: cuando las gestiones parece ser están a punto de culminar en el desenlace lógico, según, claro está, la lógica Occidental, estalla la bomba. El mundo aprende entre incrédulo y asombrado, la firma del tratado nazi-soviético.

Pasada la primera sorpresa, todos los órganos de información stalinista en Occidente rectifican el tiro de sus baterías, pasando a obstruir y entorpecer la lucha contra el nazismo. Los responsables de la catástrofe pasan desde este momento a ser las democracias. La mayor infamia del siglo XX es orquestada a bombo y platillo. Las quintas columnas del Kremlin se hunden en la ignominia, estimulándose en superar la indignidad de todo su historial político. El Partido Comunista (!) francés (?) bate de largo todos los «records», establecidos en no importa qué época y por quién. Sus publicaciones de aquellas fechas son el más monstruoso monumento de la mancilla política.

Las gestiones iniciadas a sugerencia alemana el 14 de agosto terminaron definitivamente nueve días después. El pacto de no agresión es firmado en el Kremlin por Molotov y Ribbentrop, desplazado de urgencia a tal fin. Por causa de este tratado, Rusia adquiere el derecho a la ocupación de media Polonia. Como en los mejores tiempos de los zares la alianza de los dos países da por resultado la eliminación de dicho país.

Las intenciones de Stalin respecto a esta alianza se habían perfilado, como hemos dicho más arriba, desde años antes. La finalidad imperialista de ambos regímenes así lo exigía. Pero indudablemente lo que más pudo influir en el ánimo de Stalin fué la negativa democrática a acceder a las exigencias rusas sobre la Polonia Oriental y Países Bálticos.

La alianza con Alemania, por el contrario, reconocía lo fundado de estas exigencias, añadiendo aun la Besarabia Oriental. La anexión del territorio polaco soldaba definitivamente la levantisca Ucrania al mosaico ruso. Pero lo que soldó ésta, a muchas otras posesiones kremnilistas, fué la absurda concesión efectuada por las democracias posteriormente en el crítico momento en que la balanza se inclinaba a su favor. Se ha dado de esta forma la incongruencia de robustecer de «motus proprio», el mayor enemigo que tenían interés en eliminar, abocando los pueblos a un nuevo conflicto armado cuyas consecuencias depasarán con mucha las catastróficas resultantes del precedente.

El proyecto soviético del pacto, aprobado en principio, estaba concebido en los términos siguientes:

El Gobierno de la U.R.S.S. y el Gobierno alemán, deseando reforzar la causa de la paz entre las naciones y basándose en las disposiciones esenciales del Acuerdo de Neutralidad concluido en abril de 1926 entre la U.R.S.S. y Alemania, han realizado el acuerdo siguiente:

Artículo 1.º Las dos Altas Partes Contratantes se comprometen a renunciar recíprocamente a todo acto de violencia y a toda acción agresiva, de cualquier naturaleza que

sea, acerca de una o de otra, así que a un ataque de una contra la otra sea individualmente, sea conjuntamente con otras potencias.

Artículo 2.º En el caso en que una de las Altas Partes Contratantes sería objeto de un acto de violencia o de un ataque de la parte de una tercera potencia, la otra parte contratante no prestaría, de ninguna manera, su apoyo a tales actos de la susodicha potencia.

Artículo 3.º Si alguna diferencia o conflicto se produjera entre las Altas Partes Contratantes relativamente a la cuestión de una naturaleza cualquiera, las dos partes se comprometen a solucionar estas diferencias o conflictos exclusivamente por medios pacíficos por vía de consultación mutua o, en caso de necesidad, por la creación de comisiones arbitrales apropiadas.

Artículo 4.º El presente Tratado será concluido por un período de cinco años, quedando entendido que si una de las Altas Partes Contratantes no lo denuncia un año antes de su expiración, la validez del Tratado será automáticamente prolongada por un nuevo período de cinco años.

Artículo 5.º El presente Tratado será ratificado en el más breve plazo posible, a continuación de lo cual el Tratado entrará en vigor.

Postdata: El presente Pacto no será válido que si un protocolo particular, comprendiendo los puntos a los cuales las Altas Partes Contratantes están interesadas en el dominio de la política extranjera, es firmado simultáneamente. El protocolo será parte integrante del Pacto.

Las conversaciones preliminares de la firma, fueron efectuadas por Stalin y Molotov de una parte, y Ribbentrop de la otra. Por primera vez el amo del Kremlin, tras los brindis de rigor, desdénando su natural reservado se manifestó en los siguientes calurosos, términos: «El Gobierno Soviético acoge el nuevo pacto de forma muy seria. El puede garantizar sobre su honor que la Unión Soviética no traicionará su «partenaire».

Unos días después, el 6 de septiembre, Schulenburg podía informar satisfecho a Ribbentrop de las buenas intenciones moscovitas. «El Gobierno soviético se esfuerza por modificar aquí los sentimientos de la población acerca de Alemania. La prensa está transformada. No solamente los ataques contra la conducta de Alemania han cesado completamente, sino que aun el análisis de los sucesos en materia de política internacional están basados en una larga medida sobre informes alemanes, y las publicaciones anti-alemanas han sido retiradas del comercio, etc». El cambio de orientación no podía ser más halagador.

De todas formas debe tenerse en cuenta que este aspecto del problema es pasado por alto por Krutchev. Indudablemente esto, como tantas otras cosas, debe ser aprobado por él. Su silencio al menos así parece evidenciarlo. La importancia del problema y la documentación a su disposición, precisamente en su propio campo de acción, debe haberlo sido impuesto por el resto de sus colegas que de forma particular colaboraron a este fin.

Francisco OLAYA



# ALTA INDIA



**DOLECEN** de raquitis, polladas de «eidoi» o ideas, que estofa la fiebre de ambas alas de nuestro casco de guerra. Por este motivo, no salen de esas incubaciones más que pio-pios tuberculosos, en forma de actos de mezquindad. Tal ocurre con los conceptos de indio e india, sobre todo en cabeza de encomendero.

En el matrimonio tridentino, casi siempre la esposa es la india del pijao de Tunja que la encabestra; su machacante; la maceguala del gamonal y la yacncona del gran cacao que ha hecho de ella el escaparate de sus joyas y de su oropel.

En toda lírica y en cada novela, parte el que nos da a la ventana el gallo, del raigón de dislate de que la femina es la colonia de un judío Cristóbal; la Cuba azucarada y anisada que se ha de beber y fumar el guajiro de guajira y de batey, que le pone velas al santo, porque de los oremus que le encoloma, hace el santero su zafra.

En el trafique mercanchiflo, el bonzo de la báscula es otro colonial de makinof y de salakof; y la masa consumidora, su Jamaica y su China. El soldado raso es carguero del «miles famosus», que le embetuna el alma. La fuña lo es del guro. El gobernado, del que lo rige a estoque. El inquilino, del casahabiente o tejastiente. El feligrés, del drácula que se lo sopa. En fin, que encima nuestro, no hay volanta, que no tijereteo con zancas y paletas; y que debajo de la pirámide social, no se cobra más que pernadas y patadón que te pinte quince.

En el Indostán, el genuino silvícola le da casi el seno a la ferocia boscana, de tan poco que la teme. Los que se le tiran como rabiando a la nalga al sudra; las panteras de ojos en brasa, que lo asuran hasta hacerlo cock; las serpientes de lunetas que le envenenan el vivir, son los agás como canes, los maharadjás y los padischás con millones de súbditos y el miserable misterato que lo hace o hacía mistos desde Nueva Delhi. Los extranjeros y los exóticos en su propia patria, que no tenían, porque se la robaran, eran los llamados intocables por los pestosos que se le cenaban la cera del pañal. Eran los que llevaban al nabab de Guzarate, entre dos mozas desnudas o sólo vestidas de cascabeles, en la litera o el palanquin; y se dejaban arrear con bastón bambú, que reforzaba un alma acerada de varilla.

No había un solo Estado en todo el Rajputana y más allá de los montes Gathes, en que el bramapútrido no fuera, por lo bajo, señor de la quinta parte del suelo, del vuelo y del «subway». En el lago de Poshkur, cuyas aguas pretendíanse milagrosamente curativas y sagradas, la sacerda disputábase la clientela rica (bazareros de Bombay, caoberos de Lahore) a pezuñazos y lampreazos, con los cuatro pelos co-

mo trigo en greña. La ciega natalidad, que no comía más que raciones de gorrión de mijo y soya tasadamente en taza, y hacía madres de sabandijas de babador a niñas de diez años, ayudábala la bigardía de rabinaranacios del rezo y de la bendición bien retributos. En Benarés, Ganges abajo y arriba, se pescaban a granel, como sardineta, recién nacidos, que los caimanes no querían por lo flacos que estaban. En los bungalows de papel, paja o zacate y palmiche, entraban las mangostas, en ausencia de las mamás empleadas en las hilaturas de algodón, a merendarse los beibitos, metidos en un morral que pendía de un clavo de la pared; o que no dejaba dormir el mosco músico y flechero, tirados en un petate o sobre un periódico por tierra.

En medio de un mar de intemperie, de nudidad, de desabrigo y de miseria, alzábanse las islas blancas y multicolores de las pagodas y los palacios de mármol del Rajahstán; de ónix de Persia, de cristal de roca de Malwa, de jaspe del Punjab, de turquesas del Tibet, de coral de Arabia, de lapiszáluli de Ceilán; de conglomerados de Gwalior, con incrustaciones de cornalinas de Sipri, ágatas del Yemén, granates del Bundercund, diamantes de Punah, zafiros de Colombo y calcedonias de la Peni-Asia.

Las mansiones y residencialidades, rodeadas de leguas de jardín y millas de cuadros inauditos de verdor, salpicábanlos por el tapiz paradisíal kioscos de plata y oro, estatuas de marfil, estanques de aguas perfumadas, árboles iluminados, feería de pérgolas con fanales y farolillos; panteones como el que el Sha Jean dedicó a su querida Mountaz Mahal y que costó 100 millones de libras; parques de elefantes, a quienes alimentábase con pastelería de leche; jaulas de leones, a los que se desennegrecía el humor con tiorbas, canto y baile; servidumbres como ejércitos, que no bajaban de 10.000 personas; harenes de 800 concubinas y garba de no menos del millar de hijos bastardos. Habitaban esos alcázares el goicowar de Baroda, el kilidar de Jeypore, el rana de Udaipur, los thakures del Decán, el rajputa de Kotah, el nabab de Tong, la begúm de Bopal y una infinita caterca de otros príncipes, titulados mirzas, bundelas, semindars y yeguidars, a quienes se pagaba de renta su peso en brillantes; y que se defendían del odio de sus víctimas tras de murallas de asesinos, que llevaban por docenas los puñales, las dagas, las pistolas, los sables y las hachas colgando de la cintura.

El mobiliario de cámaras y salones era de cedro del Himalaya, con labrados y embutidos de ébano indochinesco, y orfebrería en nácares y filigranas de Cutak. Lo completaban sofás de balanza y sillones de junto de Pondichery; cubiertos de mesa de carey de Augurungabar y vinajeras de asta de ciervo y carabao de Vizagapatán.

En los banquetes servíanse criadillas de mono, jiba de



# TRIBUNA DE LIBRE DISCUSION

## Cuando el momento llegue...



No hace muchos días leí en un boletín regional de nuestra F.I.J.L. un artículo de un joven libertario que, después de enumerar hechos acaecidos en el seno de su familia, durante la Revolución de Julio del 36, ardía en deseos de cumplir con su misión social, cuando llegase el momento de lanzarse a una acción revolucionaria.

Es expresión muy corriente, incluso dentro de nuestro movimiento, ésta de «cuando el momento llegue, en España»; es aun más corriente y usada por compañeros de antaño que, destrozados por las represiones se retiraron de la lucha activa, y por los que, más jóvenes, ha calado profundamente en su interior este temor a las represiones.

Son muchas las veces que hacemos afirmaciones que no corresponden a lo que ideológicamente decimos sentir. Sé por propia experiencia, adquirida mediante el análisis posterior de mis afirmaciones, que muchas veces éstas son la negación de todo lo que sustentamos.

Entre las que descuellan por su importancia, por cuanto detrás de la misma existe toda una serie de negaciones que en sí representarían la sin razón de ser el anarquismo, en tanto que idea que aspira a realizarse, está ésta de los que dicen de una u otra forma que «cuando llegue el momento» ellos estarán en su lugar.

Detrás de estas palabras, existe la magnitud de un problema que se ha debatido y debate en todo el mundo filosófico. Está el enorme problema de si el hombre es determinado o es determinista, especialmente en lo que representa la facultad de orientar o no, las formas a adoptar por las sociedades en el pasado, presente y futuro. Está la distinta apreciación que nuestros teóricos han dado y dan a la Revolución, ya como hecho determinado que llega fatalmente, por causas que el hombre no puede trocar, o bien como consecuencia de la influencia de una corriente ideológica, capaz de crear, de por sí, este movimiento revolucionario.

Por mi parte, considero que, quien mantiene una idea anarquista, no puede mantener una posición determinista completa, ya que ésta representa la negación del individuo y su facultad de influir individual y colectivamente sobre sus propios destinos; representa asimismo, y según apreciación mía, la inutilidad de toda idea que se proponga metódicamente mejorar la existencia de los hombres en la sociedad.

Si la Revolución no es más que un movimiento fatal que llega cuando tiene que llegar, como consecuencia de causas económicas, climatológicas, et., et., nuestra misión ideológica consiste, como máximo, en propagar las ideas desde un punto de vista puramente filosófico, sin que medie la acción que tiende a romper este determinismo de las co-

cebu, tetas de camella moza, y vulva de hipopótamas primiparas y primipilas. Alegraban la fiesta armonías de gong y de tamtam; bailarinas, bufones, acróbatas, malabaristas, encantadores de ofidios; juglares que hacían repicar los tintinábulo de sus cinchas, de sus collares, de sus brazaletes y de sus ajorcas. Los convidados iban vestidos con largas túnicas de gasa de seda verde, bordada o broslada de oro; amplio pantalón de muselina carmesí, recamada de plata; blusa de tisú azul; turbante de color naranja, sembrado de pedrería; y faja de cachemira morada, con pendeloques de perlas. Se perfumaba a los huéspedes la barba con agua de rosas, racionada con un pulverizador niagaresco. Se les regalaban bolsas de mil rupias; pavos reales suntuosos, de pose mayestática; dromedarios blancos como la leche; bayaderas de doce abríles, de virginidad extracertificada; esclavas georgianas, con cada ojo como un candil; macetas de una flor llamada «reina de las novias»; chicos trajeados de mujer, cazados espantando loros en los arrozales y guapos

como ninfos y como Hylas. Por no marcar bien una genuflexión, le cortaban al copero las orejas. Por derramar una salsa, le hacían comer a un camarero la cuerna de un antilope. Por dejarse pasar de fuego un asado, echaban al cocinero al horno o hervíanlo en parafina. Por no tenerle a punto un caballo al dewán (ministro de la Alteza), ataban del cuello a la cola del bruto alfaltante, para que el pegaso se lo llevara a rastras. Si el maharadjá se echaba un cuesco, todos los presentes tenían que felicitarle, con más o menos calor según el tronido, por el preso que había soltado o el alma que acababa de sacar del purgatorio. Si bostezaba, había que aplaudir, para que ningún mosquito osase penetrar en su boca. Si se ponía enfermo, los más robustos le habían de obsequiar con una escudilla de la propia sangre, a fin de devolverle las fuerzas que necesitaba para matar a las chusmas, que hacían objeto de aclamación los perdigones intestinales con que los ametrallaba.

Angel SAMBLANCAT



sas. Todo el fundamento de nuestras tácticas de lucha cae de por sí en el terreno de lo inconsciente, ya que son hechos que tratan conscientemente de alterar el curso normal de lo que normalmente ha de llegar, por lo que además están condenados al fracaso. Ni aun la propagación ideológica de carácter tolstoiano es lógica, ya que en sí es susceptible de influir y alterar lo que, según los deterministas, pudiera llamarse curso normal de las cosas.

Es indudable que todo problema humano gira alrededor de una serie de incógnitas, entre la que descuella la de ¿QUE SOMOS?

Según mi opinión, a medida que vamos contestando este *¿qué somos?* determinamos nuestros actos—conscientemente—adoptando la postura que consideramos más lógica a nuestra finalidad.

La reflexión, el raciocinio, nos permite pasar a ser de elementos pasivos—en lo que representan nuestros actos realizados inconscientemente—a elementos activos—en lo que representa el conocimiento y las consecuencias que se derivan de nuestros actos y modelar éstos a la conveniencia de nuestro propio fin. Yo, que no soy un voluntarista a ultranza, estoy de acuerdo con las palabras de Voltaire: «La libertad no es otra cosa que el poder hacer lo que yo quiero... Vuestra voluntad no es libre, pero lo son vuestras acciones. Sois libres para hacer cuanto tenéis el poder de hacer». Representando este poder o no poder hacer una cosa una consecuencia de mi constitución biológica, pero no hechos de orden exterior a mí, considero que somos deterministas o determinados, a medida que vamos adquiriendo un conocimiento de nosotros mismos que nos conduce a raciocinar en el siguiente sentido; somos esto—determinismo,—queremos ser aquello—aspiración, deseo, fin, progreso,—luego hemos de obrar de tal manera—acto consciente, voluntario, capaz de determinar al determinismo, de transformar el fin que él mismo se propone.

Analizando al hombre, individual y colectivamente considerado, afirmamos la existencia de dos factores contrarios en la constitución de la mente humana; afirmamos el ambiente, resumen costumbrista de orden colectivo capaz de influenciar individualmente, y afirmamos por contra la influencia del individuo sobre el ambiente, capaz de darle a este ambiente una orientación a carácter especial. Es el eterno personalidad y masa, factores antitéticos que se dan en el hombre; personalidad, dominio consciente del individuo estimulado por causas exteriores.

Nosotros, en el conocimiento de estos dos factores, sacamos una serie de consecuencias que nos permiten levantar una parte de nuestra ideología, y preconizamos el desarrollo de la personalidad en el individuo que ha de darle la facultad de pasar de determinado a determinista, afirmando el factor hombre por encima de lo económico, lo histórico, lo climatológico, etc., etc., a la hora de determinar sus actos, que por ser determinados al margen de causas externas y por conocimiento de las mismas, toman el carácter de actos voluntarios. Por otra parte, en el co-

nocimiento de las masas y de sus reacciones, tratamos a la par que destruirla, preconizando el desarrollo de la personalidad individual, influirla, mediante la personalidad individual (conocedores como pretendemos ser de sus reacciones inconscientes a determinados estímulos) creando un ambiente favorable a nuestra finalidad. Tanto en un caso como en otro, por medio del análisis de nuestros actos y sus consecuencias, pretendemos determinar a la sociedad hacia aquello que consideramos premisa indispensable para consecución de los fines que nos proponemos.

Toda esta actitud activa de orden ético-filosófico; esta valorización humana en su destino, lleva consigo, una actitud activo de orden práctico, que transforma en acto, todo este proceso mental, que el individuo, para ser consecuente consigo mismo, se ve obligado a adoptar.

Como consecuencia de todo ello, considero que «el momento no llega» sino que éste, de acuerdo con la ley de la causalidad, no es más que el efecto de una serie de causas múltiples que lo posibilitan, y entre las cuales cabe considerar en forma muy importante el factor hombre, capaz de crearlas y darles una orientación especial. Que este factor hombre, escribe también la Historia y de hecho crea «el momento» mediante la acción crítica de todos los factores de descomposición de un orden societario dado, y mediante la propagación constructiva de las premisas que considera indispensables para el establecimiento de un orden societario mejor; que todo ello es capaz de por sí de crear, acelerar y darle contenido moral y ético a un movimiento revolucionario.

Para un anarquista revolucionario, y considero un anacronismo disociar estos dos términos, el momento son todos y cada uno de los instantes de su vida, en los que considerando que el hombre es capaz de influir en sus destinos y en los de la colectividad; en que, partiendo del derecho de usar de sus derechos, se apresta a vivir anárquicamente en la máxima medida, con lo que crea las condiciones precisas, para que lo que para él ya es su vida, desemboque en un movimiento, que reciba las máximas influencias suyas. Para un anarquista, la revolución, es la acción diaria de oposición a todo lo que representa la coacción y limitación de todos o de algunos de sus derechos, oposición que, creando una rotura entre lo que es y lo que debe ser, desemboca en movimiento revolucionario, siendo éste tanto más consciente y constructivo a medida que él—el anarquista—haya conseguido influenciar particular y colectivamente al conjunto de la sociedad.

Precisamente, si julio del 36 fué posible, según testimonio de los que lo han vivido, fué como consecuencia de la actitud de nuestro movimiento, creando una opinión en el pueblo trabajador, lo que determinó un estado de conciencia que provocó una lucha abierta entre las fuerzas del capital y el trabajo. Experiencia ésta que la juventud actual tendría que tener en cuenta, para dar a nuestra actitud una acción más en concordancia con la afirmación de nuestro anarquismo.

ROSENDO



# MICROCULTURA

- 115.—La familia real inglesa es de origen alemán. Hasta 1917 se llamó la «casa de Coburgo», pero debido a la guerra cambió el nombre por el de «Windsor».
- 116.—Las tres figuras cumbres del librepensamiento uruguayo, murieron en Europa. Florencio Sánchez, el gran dramaturgo rioplatense, murió en Milán. Rafael Barrett sucumbió en Arcachón y José Enrique Rodó, feneció en Palermo.
- 117.—La revista «Estudios» sigue siempre apareciendo en Valencia, pero dedicada a temas de naturismo y pálido sexualismo.
- 118.—«El Humanitarismo» ha sido el último y probablemente el mejor de los libros publicados por Eugen Relgis (Ed. Américalee, 1956).
- 119.—Los hombres de ciencia están construyendo un mapa tridimensional del interior de la célula del organismo humano.
- 120.—Más de la mitad de las drogas usadas actualmente eran desconocidas hace 18 años.
- 121.—En uno de los grandes aviones modernos se usan más de mil válvulas de vacío.
- 122.—Johannesbourg (Africa del Sur) se fundó a causa del descubrimiento de una mina de oro en 1886.
- 123.—Mientras hay millones de infelices que no tienen donde caerse muertos, Henry Ford, al morir, legó a su familia 700 millones de dólares.
- 124.—El mito de la «superioridad racial» no es de los nazis solamente. El primero a proclamarlo fué el inglés Houston Chamberlain (1855-1937) en su libro «Los fundamentos del siglo XIX».
- 125.—La Habana fué fundada por el español Diego de Velázquez, en 1515.
- 126.—El elemento que más abunda en nuestro mundo es el oxígeno. Se halla en una proporción de 50,02 por 100.
- 127.—El fuerte Marión, es en los Estados Unidos (San Agustín, Florida), la contrucción más antigua del país hecha por los hombres blancos. Fur construido por los españoles.
- 128.—Juan Pasiello, compositor italiano, fué el creador de la ópera bufa.
- 129.—El tamarindo, planta cuyo fruto ácido se emplea como laxante, origina de Asia.
- 130.—Carlos Tellier, fué un ingeniero francés que estudió el primero la utilización del frío industrial para conservar alimentos.
- 131.—El «tubo de Kookes» es la ampolla que, hecho el vacío, se producen los rayos X.
- 132.—En la época de la dominación romana París se llamaba Lutecia.
- 133.—La secta de los «sapindas» en la India, prescribe la suciedad. Sus sectarios viven siempre sucios, no deben bañarse ni usar perfumes.
- 134.—El apio pertenece a las umbelíferas, o sea a las plantas con aspecto de sombrillas.
- 135.—La «cicatricula» del huevo es lo que se conoce vulgarmente con el nombre de «galladura», o núcleo del huevo que sirve para la fecundación.
- 136.—Babilonia, capital de la antigua Caldea, se hallaba a orillas del Eufrates.
- 137.—El Nilo nace en el lago Victorio, Africa occidental inglesa.
- 138.—La «foliografía» es un arte pictórico inventado por el italiano Salvador Emblema, y consiste en emplear hojas secas solamente en los cuadros.
- 139.—Desde el punto de vista botánico el tomate es una fruta. (No es pues hortaliza o legumbre.)
- 140.—La reina Kahena, monarca de los antiguos berberiscos, tuvo un harem de 400 esposos, en Africa.
- 141.—José Gaspar Mezzopanti fué el poligrafo más grande del mundo. Hablaba correctamente 114 idiomas y 72 dialectos. Nunca salió de Italia.
- 142.—El primer reloj despertador que se construyó se halla en Baltimore (EE. UU.), fué fabricado hace 300 años y todavía sigue funcionando. Lo tiene, en dicha ciudad de Maryland, el vecino R. M. Bowman.
- 143.—Nadie sabe exactamente quiénes inventaron el vidrio; algunos dicen que los egipcios y otros que los chinos fueron los inventores.
- 144.—Un «hemiono» es un asno salvaje del Asia occidental, intermedio entre el caballo y nuestro burro.
- 145.—Se causa más daño si se riega a medias un césped que si no se le da ningún riego.
- 146.—La úrea tiene más alto porcentaje de nitrógeno que todos los fertilizantes sólidos.
- 147.—Durante cualquier época del año los accidentes de automotores causan en América más muertes que cualquier otro tipo de accidentes.
- 148.—El 70 por ciento de la fuente de energía que se produce en Rusia, procede del carbón.
- 149.—La producción de energía eléctrica en Norteamérica, se ha doblado en los últimos siete años.
- 150.—La «valva plana», ostra de la India, es tan traslúcida, que puede emplearse como vidrio de ventana.
- 151.—En las modernas motonaves trasatlánticas, se equipan los botes salvavidas con una radio portátil revestida de aluminio, y puede flotar.
- 152.—El vocablo «ojalá» procede de la expresión árabe «Na xa Aláh»: ¡Quiera Dios!

Una realización de  
**SUNO**

Société Générale d'Impression, 61, rue des Amidonniers.— Le Gérant : Etienne GUILLEMAU. Toulouse (Hte-Gne.)



## POETAS DE AYER Y DE HOY

# LA PAZ Y LA GUERRA

### I

*Las flores en los jardines  
abren sus corolas bellas;  
azul el cielo se mira,  
verdes los campos se ostentan;  
los pájaros en los bosques  
dan al aire sus endechas;  
traza el labriego tranquilo  
el hondo surco en la tierra.  
Cruza el tren climas remotos;  
el arroyo serpentea  
cristalino entre las márgenes.  
limpias de profundas huellas.  
Hay risas en los hogares,  
en calles y plazas fiestas.  
Se nota amor y alegría...  
¡Porque allí no hay guerra!*

### II

*Aparecen arrasados  
jardines, campos y huertas.  
Sordo el estampido retumba  
y el callado espacio atruena.  
Siniestras nubes de humo  
el azul del cielo velan.  
Cerradas están las casas  
y las campiñas desiertas*

*Rojas manchas en los ríos  
flotan entre sombras negras.  
Todo es destrucción y muerte...  
¡Es que allí impera la guerra!*

### III

*¡Qué destino tan infame  
de esta humanidad tan ciega!  
Bajo la paz vive, labora,  
adelanta, canta y progresa;  
y como si el bien tranquilo  
un don despreciable fuera,  
por los feroces combates  
tan rico tesoro deja.  
¡Pobre humanidad ilusa!  
¿Cuándo tendrás por maestra,  
para dirigir tus pasos  
a la sensata experiencia?  
¿Hay que perder la esperanza  
de que te enmiendes y aprendas?  
Sin embargo, no es posible,  
que ante tan tristes escenas,  
permanezca mudo el cate,  
y este grito no profiera:  
—¡Loda sea la paz!  
¡Maldita sea la guerra!*

F. COBES.

Adaptación de V.M.



# Servicio de Librería de la C. N. T. de España en el Exilio

No vaciles en hacer uso de la ayuda que te brinda ese gran amigo del hombre: el libro. Es el guardador celoso de las ideas que nos legaron nuestros padres. El libro generosamente distribuye ese preciado tesoro llamado CULTURA.

## INVITACION A LA LECTURA

OBRAS QUE PODEMOS SERVIR DE INMEDIATO

**COLECCION «AUSTRAL»**, 200 francos volumen sencillo; 300 francos volumen doble (.).

**ALTOLAGUIRRE**. — «Antología de la poesía española».  
**BAROJA**. — «Las inquietudes de Shandí Andía» (.); «Fantasías vascas», «El gran torbellino del mundo» (.); «Los amores tardíos», «Zalacain el aventurero», «La casa de Aizgorri», «Los últimos románticos», «Las tragedias grotescas», «Paradox Rey» (.); «Avinareta o la vida de un conspirador», «Aventuras, inventos y mixtificaciones de Silvestre Paradox» (.); «La obra de Pello Yarzaga»; «Pilotos de altura» (.); «La estrella del capitán Chimi» (.).

**Rómulo GALLEGOS**. — «Doña Bárbara» (.); «Cantacaro» (.); «La rebelión».

**GANIVET A.** — «Cartas finlandesas».

**Eduardo MARQUINA**. — «En Flandes se ha puesto el sol».

**A. PALACIO VALDES**. — «La hermana San Sulpicio» (.); «Marta y María» (.); «Los majos de Cádiz»; «Riverrita» (.); «Maximina» (.); «La aldea perdida» (.).

**RAMON Y CAJAL**. — «Mi infancia y juventud» (.); «Charlas de café» (.); «El mundo visto a los ochenta años» (.); «Los tónicos de la voluntad» (.); «Cuentos de vacaciones» (.); «La psicología de los artistas».

**Jacinto BENAVENTE**. — «Los intereses creados»; «La Malquerida».

**V. BLASCO IBAÑEZ**. — «Cuentos Valencianos»; «Cañas y Barro» (.); «La condenada».

**Julio CAMBA**. — «La ciudad automática»; «Aventuras de una peseta»; «Playas, ciudades y montañas»; «La rana viajera».

**CERVANTES**. — «Don Quijote de la Mancha» (.); «Los trabajos de Persiles y Segismunda» (.).

**CONCHA ESPINA**. — «La niña de Luzmela», «La Rosa de los vientos» (.); «Altar mayor» (.); «La esfinge maragata» (.).

**ESPINOSA AURELIO M.** — «Cuentos populares de España» (.).

**GOGOL N. V.** — «Taras Bulba»; «Cuentos ucranianos».

**R. MENENDEZ PIDAL**. — «Flor nueva de romances viejos» (.); «Antología de prosistas españoles»; «La idea imperial de Carlos V»; «El Cid Campeador».

**PEREDA J. M. de** — «Don Gonzalo González de la Gonzalera» (.); «Peñas arriba» (.); «Sotilezas» (.); «El sabor de la tierruca»; «De tal palo tal astilla» (.); «Pedro Sánchez» (.); «El buey suelto» (.).

**ZWEIG STEFAN**. — «Brasil» (.); «La curación por el espíritu» (.).

**Ediciones «CENIT».**

«Ideario», por R. MELLA, 250 francos.

«El fascismo en la ideología del siglo veinte», por Fr. C. M. RAMA, 150 francos.

«La Grecia Libertaria», por Han RYNER, 60 francos.

«Marx y Bakunin», por Fritz BRUPBACHER, 200 francos.

«Crítica anarquista de la sociedad actual», por el Prof. J. OITICICA, 50 francos.

«Biografía de Bakunin», por J. GUILLAUME, 50 frs.

En francés. **COLECCION «POURPRE»**, 320 francos volumen sencillo.

Georges ARNAUD. — «Le salaire de la peur».

Pierre BENOIT. — «Koenismark».

Erskine CALDWELL. — «La route au tabac».

Alphonse DAUDET. — «Sapho».

André GIDE. — «Les caves du Vatican»; «L'Ecole des femmes»; «Les faux monneyeurs».

Maxime GORKI. — «Ma vie d'enfant».

Ernest HEMINGWAY. — «L'adieu aux armes»; «Pour qui sonne le glas» (.).

Rosamond LEHMANN. — «L'invitation à la valse».

HERVE BAZIN. — «La mort du petit cheval».

V. BLASCO IBAÑEZ. — «Les quatre cavaliers de l'Apocalypse».

Anatole FRANCE. — «Histoire céramique»; «L'île des pingouins»; «Le lys rouge»; «Le Petit Pierre»; «Les sept femmes de Barbe Bleue»; «Le jardin d'Epicure»; «Les contes de Jacques Tournebroke».

Arthur KOESTLER. — «Spartakus»; «Le zéro et l'infini».

Octave MIRABEAU. — «Le jardin des supplices».

Jules ROMAINS. — «Le dieu des corps»; «Lucienne».

B. TRAVEN. — «Le trésor de Sierra Madre».

Emile ZOLA. — «La bête humaine», «Le rêve», «Une page d'amour»; «Thérèse Raquin».

Romain ROLLAND. — «Colas Breugnon».

John STEINBECK. — «Des souris et des hommes».

Kathleen WINSOR. — «Ambre».

**COLECCION «VIDA Y PENSAMIENTO».**

«Luis Vives», por A. LANGE, 400 francos.

«Voltaire», por Arturo LABRIOLA, 420 fr.

«Tacito», por Gaston BOISSER, 420 fr.

«Eacon», por Charles de REMUSAT, 420 fr.

«Proudhon» (su vida y correspondencia), por C. A. SAINTE-BEUVE, 420 fr.

«Condorcet», por Juan F. ROBINET, 625 fr.

«Malatesta» (su vida y su obra), por Luis FABRI, 600 francos.

«Schopenhauer», por Th. RIBOT, 420 fr.

«Oscar Wilde», por Thomas H. BELL, 600 fr.

«Descartes», por Alfredo Fouillée, 400 fr.

«Stuar Mill», por H. TAINE, 630 fr.

«Frobel», por G. PRUFER, 420 fr.

«Welt Whitman», por Luis FRANCO, 280 fr.

«Madame Stael», por Albert SOREL, 420 fr.

«J.-J. Rousseau», por Emile FAGUET, 600 fr.

«Atahualpa o la tragedia de Amerindia», por Neptali ZUNIGA, 600 francos.

«Mazzini», por Bolton KING, 525 fr.

«Danton», por Hilaire BELLOC, 420 fr.

«Averroes», por Ernesto RENAN, 525 fr.

**COLECCION «RECONSTRUIR».**

«Origen del socialismo moderno», por Horacio E. ROQUE, 150 francos.

«Ni víctimas ni verdugos», por Albert CAMUS, 100 fr.

«La voluntad de poder», por Rudolf ROCKER, 100 fr.

«Antes y después de Caseros», por SOUCHY, 150 fr.

«Georg Fr. Nicolai», por Eugen RELGIS, 100 fr.

«Reivindicación de la libertad», por G. ERNESTAN, 150 francos.

«Arte, Poesía, Anarquismo», por Herbert READ, 150 fr.

15 por ciento de descuento a las Federaciones Locales. Gastos de envío a cargo del comprador.

Para pedidos dirigirse a Valerio MAS — Servicio de Librería del Movimiento

4, rue de Belfort — TOULOUSE (Haute-Garonne)

GIROS: C.C.P. 1197-21 «CNT» (Hebdomadaire Espagnol) Toulouse (H.-G.)

Ayuntamiento de Madrid